

ÚLTIMA BATALLA EN EL PARDO

Estrenada en el Teatro Avenida de Ávila, el 23 de febrero de 2002, con el siguiente

REPARTO

GENERAL VENCEDOR

Pep Sais

GENERAL VENCIDO

Fernando Guillén

Escenografía

Ángel Aguadé

Dirección

ENRIQUE BELLOCH

Personajes

GENERAL VENCEDOR

GENERAL VENCIDO

I

La pequeña estancia del palacio recuerda vagamente, pero con claridad, un refugio bélico. Una estrecha ventana, que más parece tronera, deja ver una parte de campo, a cuyo fondo se perfila la sierra. La habitación es pequeña y está llena de objetos que recuerdan la guerra: aquella mesa alargada, llena de planos, cartografías, etc., propia de un Estado Mayor de las líneas avanzadas. Mapas topográficos clavados en la pared. Archivadores rudimentarios, propios de papeleo cuartelero. Muebles austeros. Adornos bélicos: proyectiles de cañón, granadas de mano. Incluso hay unos sacos terreros en el alféizar de la ventana, colocados con precisión y casi coquetería.

A la pequeña estancia, refugio bélico más bien, se entra por una puerta, igualmente estrecha, que sólo permite el paso de una persona. Cerrada herméticamente dicha puerta, se tiene la sensación de quedar aislado totalmente del resto de lo que se supone inmenso palacio. Una estufa de carbón, también rudimentaria, nos recuerda los fríos y ventiscas de la campaña. Sobre la estufa hay, incluso, una tetera.

(En la estancia, sentado frente a la gran mesa de campaña que casi cubre tres cuartas partes de ella, un hombre maduro y más que sesentón espera pacientemente. Es un hombre de aspecto fuerte, con aire campesino, pelo canoso rapado, ojos de rata, que viste impecablemente de gris. Se encuentra en una actitud de ansiedad expectante que procura disimular, atento a los ruidos que llegan de

fuera, las orejas tiesas como un lebrél acosado. Disimula su nerviosismo. Va a sacar un cigarrillo del paquete que tiene en el bolsillo y, repentinamente, reflexivo, vuelve a dejarlo. Se mantiene erguido y tenso. Va atardeciendo, y a través de la estrecha ventana-tronera se percibe el aire violeta. Se oyen campanas de relojes lejanos. El hombre consulta su reloj de pulsera, bosteza aburrido, se vuelve a erguir y permanece sentado. De pronto, inesperadamente, como en un golpe de mano por sorpresa, se abre la estrecha puerta y entra otro hombre un poco mayor que el anterior. Éste viene vestido de general. Es gordo, de formas redondas y gatunas, nariz aguilieña y ojos vivarachos. Entra casi de un salto, como el gato que se lanza contra el ratón. Lleva la gorra en la mano y se mueve con una enorme soltura. El primer hombre se ha puesto en pie como movido por un resorte.)

GENERAL VENCEDOR.— *(Justo en el momento de entrar.)* Hola... *(Tendiendo la mano, sonriente, al que espera.)* Tiene usted que perdonarme, general. Le he dado un buen plantón...

GENERAL VENCIDO.— *(Estrechando la mano del otro muy ceremoniosamente.)* Por favor, Excelencia, no tiene importancia alguna...

GENERAL VENCEDOR.— *(Que ha desaparecido inmediatamente tras un biombo que hay en un rincón.)* Ya puede usted imaginarse. Hasta que le deja a uno libre tanto pelmazo, tanto inútil..., es una gaita... ¡Un día malo...! ¿Llevaba usted mucho tiempo, general?

GENERAL VENCIDO.— *(Observando su reloj de pulsera.)* Pues no demasiado. Unos tres cuartos de hora...

GENERAL VENCEDOR.— *(Su voz llega de detrás del biombo.)* Tres cuartos de hora, exactamente los mismos tres cuartos de hora que pueden ser fatales para iniciar una ofensiva... *(El otro mueve la cabeza como indicando que no entiende lo que aquél le dice.)* Tres cuartos de hora preciosos, mi general. Pero en este país nuestro la impuntualidad ha sido siempre la norma. La impuntualidad que nos llevó siempre al desorden. Sí, sí, sí. Una de las causas de que nosotros ganáramos la guerra fue gracias a imponer un estricto horario de operaciones, lo que ustedes nunca hicie-

ron... Sí, sí... Entre otras cosas... Ya iremos hablando, general, ya iremos hablando de todo... ¿Está usted cómodo...?

GENERAL VENCIDO.— Sí, sí, Excelencia...

GENERAL VENCEDOR.— El militar que no sepa vencer al tiempo, o sea, hacer del tiempo un esclavo, un soldado fiel, está perdido. Perder el tiempo es perder una guerra, ni más ni menos. Créame. Sí, sí, sí. Delo usted por seguro... Figúrese que estoy anotando en mi cuadernito que tengo ahí, entre los papeles, los minutos, las horas que me hacen perder todos esos holgazanes, ¿y creerá usted que ya suman centenares de días? No sabe usted bien, mi general, la suerte que tiene de no tener que gobernar un país de impuntuales e informales...

(La voz sale al fin del biombo. El GENERAL VENCEDOR ha sustituido su guerrera de soldado triunfante por una sahariana más bien sucia, y en lugar de la gorra de plato lleva un gorrillo cuartelero sin distintivo alguno. Parece transfigurado en un combatiente de trinchera. El otro vuelve a levantarse, ceremonioso, y el GENERAL VENCEDOR le indica amablemente, con un gesto muy caballeresco, que siga sentado.)

No se me mueva, por favor. Tranquilo...

(Se sienta él en una silla de campaña, parecida a las de los directores de cine.)

Al fin solos, mi general. Solos y mano a mano...

GENERAL VENCIDO.— *(Con una amable inclinación de cabeza.)* Y a su disposición...

GENERAL VENCEDOR.— *(Que le observa con sus ojos gatunos.)* ¿Qué le ha parecido este confortable refugio? ¿Ha observado usted bien? Todos los muebles son de nuestros tiempos, de la gloriosa cruzada. Esta silla en que me siento es la misma en la que me sentaba cuando dirigía aquellas operaciones, *(Señalando un teléfono de campaña.)* y el teléfono, el famoso teléfono desde el que un día recibí de usted la rendición de la capital...

GENERAL VENCIDO.— Sí, sí, ya lo he visto. Esto parece un museo... (*Lo ha dicho involuntariamente y parece asustado.*) Vamos, quiero decir que...

GENERAL VENCEDOR.— (*Simulando no reparar en el detalle.*) Éste es mi refugio, donde acostumbro a encontrar la paz y la calma después de las duras jornadas del Gobierno. Aquí, entre estos amorosos recuerdos, es donde me vuelvo a reencontrar a mí mismo... ¿Qué le parece, general?

GENERAL VENCIDO.— Lo comprendo perfectamente...

GENERAL VENCEDOR.— Aquí medito, recuerdo, paso revista a aquellos días duros y gloriosos para unos, terribles para otros, o por lo menos amargos. ¿Verdad que aquí se respira la milicia?

GENERAL VENCIDO.— En efecto. Al primer golpe de vista. Parece...

GENERAL VENCEDOR.— Diga, diga, diga...

GENERAL VENCIDO.— Un islote de resistencia...

GENERAL VENCEDOR.— ¡Un islote de resistencia! En efecto, un islote de resistencia; lo ha definido usted muy bien. Un islote de resistencia para defenderme, una vez más, de toda esa turba de diplomáticos y de enemigos extranjeros, y de nacionalistas imbéciles que nos rodean... (*Yendo hacia la estufa, donde humea la tetera.*) ¿Va a tomar una taza de té conmigo, general? Ya sabe usted que yo no fumo. Y supongo que usted tampoco. Usted, general, a quien siempre respeté, tampoco pertenece a esos memos que envuelven unas hierbas y las queman en un papel... ¿Me hará usted el obsequio de tomar una taza de té conmigo...? (*El GENERAL VENCEDOR ya ha llenado las tazas y ofrece una de ellas al GENERAL VENCIDO.*) Aquí estamos como en campaña. Aquí no pone los pies nadie de esa gentuza; ni siquiera mi mujer, mi amantísima esposa, mete un dedo aquí. Yo mismo lo barro. Y, como habrá usted observado, no se limpia en exceso; por eso hay tan agradable olor —al menos para mí, que soy un perro cuartelero y lo seré mientras viva— a trinchera... ¿No se siente usted transportado a aquellos tiempos?

GENERAL VENCIDO.— (*Que ha tomado la taza de té.*) Olor a tierra del campo, a humedad de las lluvias, a tela caqui.

GENERAL VENCEDOR.— A camaradería, general. A la compañía entrañable de hombres solos, guarecidos de la metralla, tomando una taza de té...

GENERAL VENCIDO.— (*Que parece irse animando.*) O café, nosotros tomábamos aquel café de recuelo, calentando a veces con la misma metralla ardiente. Un trozo de metralla recién caído que hacía hervir el agua...

GENERAL VENCEDOR.— ¡Un trozo de metralla! Sí, sí, sí, ya sé, ustedes tan pintorescos... La costumbre del té viene más de los tiempos en que estuve en la Escuela de Alto Estado Mayor de París... (*Beben ambos generales el té.*) No se inquiete, que nadie vendrá a molestarnos. Puede tomarse el tiempo que guste. Podemos compartir estos momentos como viejos camaradas de armas que somos, aunque cada uno estuviera en una parte... Usted, dígame, ya sabe que me gusta la precisión y no he tenido ocasión de consultarlo, pertenece a dos promociones posteriores a la nuestra...

GENERAL VENCIDO.— Tres promociones...

GENERAL VENCEDOR.— Tres promociones..., ya, ya... Eso es, tres promociones. Y buen expediente en la Academia...

GENERAL VENCIDO.— Normal...

GENERAL VENCEDOR.— Nunca fue usted «perdigón»; de eso estoy seguro...

GENERAL VENCIDO.— No lo fui, aunque pude haberlo sido...

GENERAL VENCEDOR.— Aquella triste Academia, ¿se acuerda usted? Allí, en la Academia? Allí, en la Academia, fue donde me di cuenta de que yo estaba por encima de todos los demás, que era superior a ellos. No sé si a usted le sucedería igual...

GENERAL VENCIDO.— No puedo recordar...

GENERAL VENCEDOR.— Yo, como sabe usted, fui a regañadientes a la Academia Militar, pues mi vocación era la Marina. La mar es mi patria, en el fondo, ya lo sabe...

GENERAL VENCIDO.— Lo sabe todo el mundo, Excelencia...

GENERAL VENCEDOR.— (*Un poco molesto por la interrupción.*) Me sentía allí muy, muy desplazado, como gallina en corral ajeno. Entre tanto holgazán, que sólo pensaban en salir de paseo para andar con pindongas, cuando a mí me parecían siempre pocas las horas para estudiar aquellos libros de Topografía y Táctica y Ordenanzas Militares... Pero ¡qué poca disciplina había allí! Me acuerdo de que una vez, fíjese, un cadete se presentó en la clase de Armamento con la bufanda puesta porque decía tener anginas, y el profesor, aquel comandante (¿cómo se llamaba?), bueno, pues lo encontró natural. A veces se escondía en los dormitorios botellas de coñac, ¿no es cierto?

GENERAL VENCIDO.— Oh, sí, claro y...

GENERAL VENCEDOR.— Y a pimplarse a gusto y a cantar coplas groseras. Un

día tiré a unos un quinqué... Sí, sí, a un grupo de éstos, les tiré un quinqué...

GENERAL VENCIDO.— ¿Y qué pasó?

GENERAL VENCEDOR.— Quisieron zurrarme, claro, pero yo, que era un alfeñique, bajito y tal, me defendí... Me sentía muy por encima de ellos... Luego, usted... supongo que se bautizaría en África, ¿no?

GENERAL VENCIDO.— Como todos...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Un poco más de té?

GENERAL VENCIDO.— Muchas gracias. No...

GENERAL VENCEDOR.— Yo tomaré un poco más. Todos nos templamos en África. Pero no sé si sería usted, me inclino a creer que no, uno de esos pedantes africanistas que se creían en posesión de la verdad...

GENERAL VENCIDO.— Estuve poco tiempo en África; me hirieron y luego pasé al Estado Mayor...

GENERAL VENCEDOR.— *(Sin escuchar al otro.)* Aquellos pedantes africanistas, que presumían de conocer las tierras y las gentes de Marruecos. Para ellos, el moro no tenía secretos. ¿Sabe usted por qué? Pues porque sabían hablar y escribir aquella endemoniada lengua chelja, o como se llame. Porque sabían cuatro tonterías teóricas, nada militares, por supuesto, se pavoneaban de gusto. Y entonces ellos se creían con derecho a ser los directores de las operaciones marroquíes. Escribían el árabe ese, lo hablaban, pero muy pocos, que yo sepa, tuvieron su bautismo de sangre. Por eso yo me encontraba tan a gusto en el Tercio. Nosotros no hablábamos el chelja, pero sabíamos cómo era el moro, y lo seguimos sabiendo. Sabíamos cómo las gastaban. Las tratábamos como merecían. La traición en la sangre, bien lo sabe usted... Me acuerdo de que Manolo descubrió a un alferez moro que conspiraba entre los nuestros, ¡habiendo jurado nuestra bandera, vamos! Le dio una paliza con un leño de la cocina, le estuvo pegando toda la noche, y al amanecer, me acuerdo, aquello no era un alferez moro; era un monstruo. Luego lo atamos con alambres y lo metimos en un pozo de cal. Ése era el lenguaje que nosotros utilizábamos...

(El GENERAL VENCIDO ha quedado absorto ante aquel torrente de elocuencia. El GENERAL VENCEDOR, sonriente bajo su bigote, termina de beber la taza de té y chasquea un poco la lengua.)

Si hubiéramos dejado la dirección de aquello a los africanistas, estaríamos frescos... Bueno, pero estoy hablando y hablando y dirá usted: «¿Para qué me ha llamado a mí?». Soy impetuoso, lo reconozco, cuando vuelvo a revivir todo aquello. Pero, como sabe usted muy bien, acostumbro a ser extremadamente claro. Le he llamado, general, porque pienso que, si a usted le parece, podríamos reunirnos usted y yo a solas, aquí, de vez en cuando, pongamos cada semana o cada quince días –sí, porque cada semana para mí va a ser difícil, claro–, y así revivir aquellos tiempos. Para mí sería un placer, y aparte de un placer, una enseñanza el tener un cambio de opiniones con uno de los generales de la acera de enfrente. Quiero decir que, superada ya la rivalidad y ostentando yo una jefatura que nadie puede disputarme, podríamos reconstruir algunos pasajes de aquellos tiempos. Si usted está dispuesto, para mí sería particularmente grato...

GENERAL VENCIDO.– (*Que ha acusado el golpe y está confuso.*) Sí, claro... ¿Quiere usted decir que...?

GENERAL VENCEDOR.– Reunirnos usted y yo de vez en cuando aquí, y recordar aquello.

GENERAL VENCIDO.– ¿Acaso está usted escribiendo sus memorias...?

GENERAL VENCEDOR.– ¿Cómo? ¿Memorias? Oh, no. ¿Cómo voy a escribir mis memorias cuando todavía queda tanto por vivir? Sabe Dios si aún volveremos a las trincheras. No, no, yo no escribo memorias. Aunque me gusta escribir, sí, y pintar. Pero eso de escribir las memorias queda para gente como los africanistas esos. A no ser que alguien, algún editor imbécil, por ejemplo, me pagara bien por ello... (*Ríe su propia gracia con una risa sincopada y un tanto femenina.*)

GENERAL VENCIDO.– Perdóneme, quería decir que...

GENERAL VENCEDOR.– Perdonado, perdonado, perdonado... Vamos, estoy esperando su respuesta...

GENERAL VENCIDO.– Por mí, Excelencia, no hay inconveniente alguno...

GENERAL VENCEDOR.– Usted puede disponer del tiempo a su antojo, pienso yo. Y créame que en eso le envidio. En cambio, para mí, encontrar una hora, una sola hora, para refugiarme en este «islotito de resistencia», como usted bien ha dicho, je, je, es tarea de romanos. Siempre rodeado de inútiles... ¿Así que está usted dispuesto?

GENERAL VENCIDO.– Como usted disponga...

GENERAL VENCEDOR.— (*Muy animado.*) Será, será muy grato para ambos. Para mí lo será, no lo dude. Me gustará precisar algunos detalles que usted pueda aclararme y, por encima de todo, podremos hablar, franquearnos como los dos buenos militares que somos, aunque usted sea de los «perdigones...».

GENERAL VENCIDO.— (*Riendo con cierta amargura.*) «Perdigón», es cierto, lleva usted razón...

GENERAL VENCEDOR.— (*Dándole una palmadita en el muslo.*) Ya ve que, por mucho que digan, aún nos queda un poco de buen humor. Así que me va a conceder usted el honor de colokuar conmigo cada equis días, pongamos diez, quince, depende, claro... Le doy las más expresivas gracias...

GENERAL VENCIDO.— Por Dios, Excelencia, es usted el que manda...

GENERAL VENCEDOR.— En este «islote de resistencia», no. Claro que no. Aquí ambos somos iguales... Dos militares, vencedor uno y vencido el otro...

GENERAL VENCIDO.— Cada uno tenemos nuestro papel...

GENERAL VENCEDOR.— En tal caso, yo le mandaré recado para la próxima reunión. (*Se ha puesto de pie y el otro le imita.*) Porque usted tendrá tiempo libre...

GENERAL VENCIDO.— Puedo disponer, Excelencia, aunque siempre hay cosas que hacer...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Tal vez sea usted el que escribe sus memorias? No me diga que no... Lo huelo... Bueno, el caso es que no tiene que preocuparse más por su... situación. Espero que no haya tenido la menor molestia desde su vuelta al país. Ya sabe que soy metuculoso y me he preocupado de que respecto a usted y alrededor de usted no ocurra ninguna anomalía. Puede estar perfectamente tranquilo.

GENERAL VENCIDO.— No tengo nada que objetar, Excelencia. Todo está perfecto.

GENERAL VENCEDOR.— En perfecto estado de revista. Pues muy bien. Como vamos a tener ocasión de reunirnos con cierta regularidad, espero que tenga usted la franqueza de comunicarme siempre lo que le ocurra. Cualquier necesidad..., (*Le lleva hasta la puerta.*) cualquier necesidad suya, o familiar, que tuviera y en mi mano se hallara el medio de poner orden al asunto... (*Camina a saltitos, dando botecitos que subrayan sus palabras.*) Ya sabe usted que le tengo en mi más alta estima...

GENERAL VENCIDO.— Se lo agradezco de verdad...

GENERAL VENCEDOR.— Hablaremos, hablaremos largo y tendido de todo aquello. Nuestros reencuentros van a ser beneficiosos para los dos, ¿no le parece?

GENERAL VENCIDO.— Para los dos, indudablemente...

GENERAL VENCEDOR.— Y si usted está escribiendo esas memorias...

GENERAL VENCIDO.— Oh, no, no...

GENERAL VENCEDOR.— *(Dando al otro un golpecito en la espalda.)* No me sea modesto... Bien, ya ha pasado el tiempo y... Vea usted lo que es mi triste vida ahora. Audiencias, audiencias, problemas, pedigüerías, teléfonos... Apenas un rincón para la vida íntima. Sí, sí, tenemos que volver, aunque sólo sea de tarde en tarde y por breves minutos, a la intimidad de la campaña, general... *(Le aprieta la mano.)*

GENERAL VENCIDO.— Me tiene usted a sus órdenes.

GENERAL VENCEDOR.— A las de usted... *(Pulsa un timbre que hay junto a la puerta.)* Ahora le acompañarán hasta la salida sin que nadie sepa nada...

Ya está aquí... Hasta pronto, general...

GENERAL VENCIDO.— A sus órdenes, siempre...

(Desaparece tras la puerta. El GENERAL VENCEDOR, con los ojillos brillantes, se frota las manos contento y recorre a saltitos el «islote de resistencia».)

II

En esta segunda velada tenemos ya a nuestro GENERAL VENCEDOR dispuesto para el «ataque». Ataviado con su sahariana de campaña y su gorrillo cuartelero, tiene desplegados ante la mesa los planos de la campaña, que observa con delectación metido en ellos con todo su ser. Su gordo dedo va señalando lugares, y sus labios parecen balbucear ininteligibles palabras. En la penumbra de la atardecida, la borlita del gorro baila inquieta como si tradujera con sus saltitos la íntima inquietud de Su Excelencia.

(Se oyen fuera unas palabras cortas dirigidas a alguien en señal de agradecimiento, y la puerta se abre para dar

paso al GENERAL VENCIDO, que se encuentra de pronto bajo la mirada potente de Su Excelencia el GENERAL VENCEDOR, que con los puños sobre los mapas de la mesa le horada sus satisfechos ojos.)

GENERAL VENCEDOR.— *(Al ver entrar a su contertulio.)* Esta vez le tomé la delantera, amigo...

GENERAL VENCIDO.— *(Señalando su reloj de pulsera.)* Aún no es la hora...

GENERAL VENCEDOR.— Ya... ya... He sido yo quien se ha adelantado. Usted es un modelo de puntualidad... Venga, venga para acá, póngase aquí. Veamos... *(Le indica casi imperativamente el lugar donde tiene que colocarse. El otro actúa un poco como un pelele. Enciende una lámpara y los planos quedan bañados de luz, mientras que ellos permanecen en la penumbra.)* Tengo todos los «dispositivos» a la vista...

GENERAL VENCIDO.— A ver, a ver..

GENERAL VENCEDOR.— Ésta es la Zona Centro. Aquí tiene usted las cotas: la 325, la 327... Éste es el límite... Por aquí, el enclave hacia la Zona Este...

GENERAL VENCIDO.— Sí, sí, ya veo, ya. Estupendo...

GENERAL VENCEDOR.— La capital, el extrarradio, la...

GENERAL VENCIDO.— Muy preciso todo, sí señor...

GENERAL VENCEDOR.— Copia exacta y fidedigna de los que utilizamos en su día...

GENERAL VENCIDO.— Yo diría que son los mismos...

GENERAL VENCEDOR.— *(Haciendo revolotear otra gran hoja de papel.)* Y aquí tengo los de ustedes. Mire, mire, las líneas de las fortificaciones, el plan de despliegue de las defensas; los números son las cotas, las letras, las unidades, y estos numeritos, los dispositivos...

GENERAL VENCIDO.— *(Poniéndose unos lentes.)* A ver, a ver...

GENERAL VENCEDOR.— *(Levantando las manos como un director circense y saliendo de detrás de la mesa.)* Examínelo, examínelo con precisión... Que voy a hacerle unas cuantas preguntas... *(El GENERAL VENCIDO, con sus lentes casi pegados al papel, examinando como quien observa insectos al microscopio.)* No cabe la menor duda de que ustedes sabían lo que se hacían. Ese plan de defensa siempre me ha parecido encantador, encantador. No le falta nada. ¿Lo elaboraron ustedes en el Estado Mayor?

GENERAL VENCIDO.— (*Quitándose los lentes y volviéndose hacia el GENERAL VENCEDOR.*) Naturalmente, Excelencia...

GENERAL VENCEDOR.— Sobre el terreno, sobre la realidad...

GENERAL VENCIDO.— Sobre el terreno, sobre la realidad...

GENERAL VENCEDOR.— Y todos eran profesionales...

GENERAL VENCIDO.— «Éramos» profesionales, naturalmente...

GENERAL VENCEDOR.— Se nota. Salta a la vista. Otro día le enseñaré el plan de operaciones de la Zona Oeste y verá usted perfectamente cómo ese plan está hecho por aficionados, por toda esa caterva de aficionados que tenían ustedes...

GENERAL VENCIDO.— Lo que sucede siempre cuando se trata de un ejército popular.

GENERAL VENCEDOR.— (*Con grueso sarcasmo.*) Popular, popular, popular... No pronuncie esa palabra cuando hablemos de alta estrategia, general. Yo digo «aficionados». Y la palabra es «aficionados».

GENERAL VENCIDO.— Aficionados...

GENERAL VENCEDOR.— Ahora examine el plano nuestro. Quiero decir el de los «profesionales». Y dígame usted qué le parece. Puede usted tomarse el tiempo que guste... (*Mientras el GENERAL VENCIDO vuelve a calarse los lentes y examina el plano, el GENERAL VENCEDOR se frota los puños y se pasea entre los objetos de la habitación a saltitos, como los gatos.*) Estudie, estudie con detalle. Si tiene alguna duda, me pregunta... ¿Se va dando cuenta?

GENERAL VENCIDO.— Está muy claro, ya le digo...

GENERAL VENCEDOR.— Elaborado por mí y por mis compañeros. Copia del que dibujé yo mismo, con estas manos de levantador de planos, que no tiemblan para nada, amigo. ¿Qué dice usted?

GENERAL VENCIDO.— (*Vuelve a quitarse los lentes y enfrenta al GENERAL VENCEDOR, que le abarca con una mirada totalizadora.*) Es perfecto en todos los detalles...

GENERAL VENCEDOR.— Perfecto, perfecto... Obsérvelo bien...

GENERAL VENCIDO.— Lo que pasa es que no siempre el papel traduce la realidad...

GENERAL VENCEDOR.— Oh, claro que no, claro que no. Naturalmente que no. El papel es una cosa y la realidad, otra. Buena observación me hace usted, general. ¿Acaso no sabemos que la batalla de Waterloo, en el

papel, constituye el más inteligente, el más preclaro, sublime diría yo, de los proyectos bélicos? ¿Acaso no estudiaron ustedes aquella batalla que en el papel, en su construcción, aparece como uno de los mayores triunfos, si no el mayor triunfo, del gran Napoleón? Y, sin embargo, la realidad fue muy otra. Por eso le decía que su plan defensivo está muy bien, muy bien. No tengo reparos que oponer... (*Corre hacia la mesa y vuelve a señalar en el mapa de los otros.*) Estas líneas son magistrales, estos nudos, estos enclaves. Magistrales. Falta aquí toda esta zona, que queda confusa, estas cotas desamparadas, pero el plan defensivo, impecable. Le felicito...

GENERAL VENCIDO.— No, si yo...

GENERAL VENCEDOR.— Le felicito, le felicito. Y, sin embargo, ya ve usted, nosotros vencimos y ustedes perdieron...

GENERAL VENCIDO.— Después de una resistencia que duró cerca de tres años...

GENERAL VENCEDOR.— (*Soltando una carcajada.*) Je, je, je... Esa respuesta suya, general, la estaba esperando. Porque no se ha fijado usted bien. (*Vuelve a coger el otro plano y se lo pone delante de las narices.*) No ha estudiado bien nuestro plan: un plan que prevé una progresión lenta, de esos tres años y aun de cuatro años. Pero por Dios y todos los santos, general mío, ¿todavía cree usted, o creen ustedes, que no habíamos previsto y construido nuestros planos para que durara eso?

GENERAL VENCIDO.— Bien sabe usted que todo lo teníamos nosotros también previsto... Supimos desde el principio, desde la primera ofensiva, que ustedes no entraban en la capital de momento...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Entonces...?

GENERAL VENCIDO.— Lo que pasa es que también habría que saber hasta qué punto intervienen en esta demora la voluntad estratégica y las necesidades...

GENERAL VENCEDOR.— (*Levantando el pulgar.*) Ahí, ahí ha tocado usted el punto candente. Ahí está usted en lo suyo, general. Acaba usted de definir muy certeramente el arte de la guerra: equilibrar la estrategia, los efectivos tácticos, las necesidades de todo tipo, las topográficas, las humanas, las técnicas, las... Y actuar en consonancia. (*Dándole un golpecito en el hombro.*) Siempre dije que usted era un gran profesional. Un gran profesional, y que fue una verdadera pena que estuviera al otro lado. Se lo vuelvo a repetir. Un honor para mí, un gran honor que fuera

usted el que nos entregara la capital como «una fruta madura», después de llevar a cabo toda esa táctica. *(Se deja caer en la silla de campaña.)* Desde ese teléfono recibimos su llamada para la rendición. Algo, naturalmente, que estábamos esperando, que era ya perfectamente previsible. Saboreándolo como una golosina, viendo cómo nos caía encima como eso que le he dicho, como «una fruta madura». Porque cuando todo se ha llevado paso a paso, bien construido, perfectamente atado, se alcanza el fin perseguido, el objetivo. Despliegue, progresión, choque, victoria y aprovechamiento de la victoria. *(Se tiende en la butaca como satisfecho de su gran sabiduría. El GENERAL VENCIDO aparece, iluminado por la luz del flexo, abatido. Parece estar bajo los focos policiales. Se quita los lentes con lentitud.)*

GENERAL VENCIDO.— No tengo nada que oponer, Excelencia. Usted fue el vencedor y nosotros los vencidos.

GENERAL VENCEDOR.— Y, sin embargo, está la batalla de Waterloo...

GENERAL VENCIDO.— Y el determinismo histórico, o la providencia, o el fatalismo, o lo que sea... *(Y al decir esto, el GENERAL VENCIDO da un puñetazo sobre el plano.)*

GENERAL VENCEDOR.— Zarandajas. Palabrería de intelectual, amigo. Determinismo, fatalidad... Todo eso lo tengo yo borrado de mi diccionario. Yo supe siempre que triunfaría. Siempre. Ustedes, al contrario, mantuvieron desde el principio una moral de derrota. Yo estaba seguro de que ganaría, como estoy seguro ahora, fíjese, de que a pesar de toda esa orquesta internacional de judíos, masones, comunistas y demás ralea, me mantendré, me mantendré en el poder hasta la muerte...

GENERAL VENCIDO.— Perdóneme, Excelencia, que le diga, con todos los respetos...

GENERAL VENCEDOR.— *(Interrumpiéndole.)* Adelante, adelante, sin miedo, hable usted claro, que nadie nos oye. Aquí tenemos que ser plenamente sinceros. ¿Qué iba usted a decir, vamos a ver?

GENERAL VENCIDO.— Una vulgaridad, una vulgaridad tal vez, que acaso le suene también a intelectual. Pero digo que es muy lógico que vea usted las cosas así, ahora, desde su perspectiva de triunfador...

GENERAL VENCEDOR.— Ya salió aquello, lo de la «perspectiva», ¡ah sí!, lo del filósofo ese masón, ¿cómo se llama? Ése que tiene nombre de torero...

GENERAL VENCIDO.— Y me va a permitir que dude de ese triunfalismo, perdón...

GENERAL VENCEDOR.— Triunfalismo, triunfalismo, adelante...

GENERAL VENCIDO.— Quiero decir que me gustaría saber si Su Excelencia se sentía tan seguro del triunfo cuando tomó el mando de las operaciones, cuando pasó a dirigir la campaña...

GENERAL VENCEDOR.— (*Riendo con espasmos.*) ¿Lo duda? Comprendo perfectamente que lo dude usted, amigo. Ya ve que me sitúo en su «perspectiva». Aunque, claro está, que no se ha parado a reflexionar. Mire usted, por ejemplo. Cuando se estaba discutiendo aquella noche mi nombramiento como director de las operaciones, yo lo tenía previsto todo. Mientras el «barbas de chivo», el «gordo» y los otros discutían si me entregaban o no el poder, ¿qué cree usted que estaba haciendo yo? ¿Tocarme los cataplines? No señor. Ya tenía a mis legionarios rodeando el palacio, con mis carros de combate y todo, para el caso de que aquellos inútiles se volvieran atrás, y en ese caso..., eh..., ¡pues eso! Bah, un general no da cuartel jamás al enemigo. No se para nunca. Y yo estaba convencido de que era el único, el imprescindible, el que tenía que llevar la batuta, porque así tenía que ser...

GENERAL VENCIDO.— (*Que ha salido de detrás de la mesa.*) Me sentaré un poco, con permiso de usted...

GENERAL VENCEDOR.— (*Muy amable.*) Oh, sí, por favor, siéntese. Siéntese aquí. (*Le señala imperativamente la silla.*) Si le apetece tomaremos una taza de té...

(Pausa. Los dos quedan ahora en silencio. Se oye el casi imperceptible rumor del té que hierve sobre la estufa.)

GENERAL VENCIDO.— (*Con voz cansada y amarga.*) Era difícil para nosotros, y usted lo comprende perfectamente, trabajar con aquellos efectivos. Un ejército que tenía poco de regular y que, en los primeros meses, estuvo bajo la más espantosa anarquía. Las Brigadas Internacionales aquellas, por ejemplo...

GENERAL VENCEDOR.— (*Dándole una palmadita en el hombro.*) De acuerdo, de acuerdo. Trabajar con una ralea así es difícil, aun cuando tuvieran ustedes las zonas más ricas, el mejor armamento, etcétera, etcétera...

GENERAL VENCIDO.— Y ustedes tenían los mejores cuadros...

GENERAL VENCEDOR.— Vayamos por partes, amigo. Ustedes, en efecto, tenían un material humano deleznable, un material corrompido por el marxismo, falta de ideal alguno, como esos mercenarios internacionales. Pero ¿qué cree que tenía yo? ¿Cree usted, acaso, que toda esa caterva de falangistas, requetés y demás ralea eran mejores? ¿De veras cree usted eso? Me acuerdo de que Mussolini, que en gloria esté, me decía en una ocasión lo difícil que le resultaba gobernar un país con no sé cuántos millones de fascistas, y yo le contesté que me gustaría verle en mi lugar gobernando con un par de millones de falangistas y requetés... El material humano, ¡ay!, el material humano siempre es deleznable...

GENERAL VENCIDO.— Me deja usted asombrado...

GENERAL VENCEDOR.— Ya lo veo, ya lo veo, general. Pero hay que hablar claro. Mantener la unión entre toda esa masa anarquizante y estúpida, ya sabe usted que no fue cosa fácil. Dichosos ustedes que estaban unidos, fuere como fuere, por ese marxismo que bien aprovechado, de haberlo sabido aprovechar ustedes, claro, hubiera resultado un elemento valiosísimo...

GENERAL VENCIDO.— (*Con lengua de escorpión.*) Pero ¿puede compararse ese ideal materialista, como dice usted, con el sagrado patriotismo de ustedes? La patria, la tradición, la Virgen del Pilar, etcétera, etcétera...

GENERAL VENCEDOR.— Pues no se haga ilusiones, amigo mío. El patriotismo, como todas las cosas grandes, hay que utilizarlo a saludables dosis. En aquel momento, claro está, resultaba un elemento de primer orden, aunque había que saber por dónde iba. Pero ahora, por ejemplo, en este momento —y yo considero que aún estoy en la guerra—, el patriotismo puede ser especialmente peligroso...

GENERAL VENCIDO.— (*Atacando.*) Sobre todo después de haber firmado un pacto con los Estados Unidos...

GENERAL VENCEDOR.— (*Luego de una pausa. Mirándole fijamente.*) Pues sí, en efecto. Ahora el patriotismo y los patriotas pueden ser una verdadera gaita. Y conviene sacudírselos de encima. Pero no sólo ahora, sino que durante la campaña, por celo patriótico, y usted lo sabe perfectamente, hubo que fusilar a algunos...

GENERAL VENCIDO.— Ya, ya...

GENERAL VENCEDOR.— Quiero decir, en fin, que ustedes, los que luchaban bajo el signo marxista, un signo tan masificador, hubieran podido hacer de sus tropas una masa ciega, capaz de lanzarla a lo imposible. Ahí tiene usted a Mao-Tse-Tung, el chinito ese. El ideal de un caudillo es ése: una masa ciega, moldeable. Un animal espeso que se mueva por resortes perfectamente comandados...

GENERAL VENCIDO.— Nosotros, al fin y al cabo, éramos...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Qué eran?

GENERAL VENCIDO.— No, no creo que valga la pena...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Qué eran ustedes? Vamos, dígalo, no tenga vergüenza...

GENERAL VENCIDO.— Me abruma usted...

GENERAL VENCEDOR.— (*Cambiando el tono.*) Tomaremos esa taza de té y así nos entonaremos un poco, general. (*Va a la tetera y llena las tazas.*) Ustedes eran..., eran..., ya me imagino lo que iba a decir..., (*Entregándole la taza de té.*) humanistas...

GENERAL VENCIDO.— (*Levantando la cabeza.*) Es posible...

GENERAL VENCEDOR.— En ese caso, lo más conveniente, créame usted, es quedarse en casa...

GENERAL VENCIDO.— Nos sacaron de casa...

GENERAL VENCEDOR.— (*Sorbiendo con deleite la taza de té.*) Les saqué yo. ¿Quiere usted decir eso?

GENERAL VENCIDO.— O la fatalidad histórica...

GENERAL VENCEDOR.— Es lo mismo, porque la fatalidad histórica soy yo...

(*Pausa.*)

(*Habla ahora como dirigiéndose al mundo.*) Carentes de fe en la victoria desde el primer momento. Luchando no como guerreros, sino como simples funcionarios que cobran un sueldo. Un ejército de ordenanzas ministeriales o de serenos a las órdenes de cuatro ministros desarrapados, gentecilla de profesiones liberales o licenciados de presidio. Favorecidos por los gobiernos socialistas del mundo entero. ¡El ideal para ser vencidos inexorablemente...! (*Como volviendo a la tierra.*) Le voy a decir a usted una cosa, aunque me tome por el cínico más grande del mundo. Ese ejército de ustedes, ese ejército de funcionarios pendientes

sólo del sueldo y el escalafón, es ahora un ideal para mí. Poco a poco, como usted bien sabe, nuestro ejército ha ido convirtiéndose en eso: en una caterva de serenos, oficinistas, porteros... No hay peligro, amigo, de que el ejército se me suba a las narices... Ya ve que también he sacado provechosa enseñanza de ustedes...

(Pausa.)

GENERAL VENCIDO.— Perdóneme que le diga que, tal vez, no sé...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Qué?

GENERAL VENCIDO.— Que nos hemos salido de nuestro tema. Estábamos discutiendo cuestiones de estrategia y hemos ido a parar a cuestiones no sé si de política o de...

GENERAL VENCEDOR.— De estrategia, general, todo es estrategia. No hablamos de otra cosa que de pura estrategia...

GENERAL VENCIDO.— Sí, sí...

GENERAL VENCEDOR.— Toda mi vida es, ha sido y será pura estrategia. (El GENERAL VENCEDOR entorna los ojos como en una ensoñación.) Siempre supe colocar los peones en el lugar adecuado y derribarlos en el momento conveniente. Ahora misma, pongo y quito a mi antojo porque supe tener soluciones para todo. Jamás me asustó la dificultad y por eso no he perdido la calma. Creen que tengo sangre de horchata y tampoco es eso. Mi sangre es galaica y espesa, pero no de horchata. Hoy mismo —le voy a hacer a usted una confidencia— tuve un momento de furia inmensa. ¿Sabe por qué? Porque ese general Perón, a quien tanto detesto, ha pedido asilo en España, como todos los fracasados del mundo. Y tengo que concederle asilo. Eso me enfurece. Pero tomé una pastillita y se me pasó. Ahora, de lo que se trata es de aprovechar la estancia del gaucho ese... Algo podrá sacarse... ¿Usted es impulsivo?

GENERAL VENCIDO.— No, reconozco que tampoco fui, ni soy, ahora menos que nunca, impulsivo...

GENERAL VENCEDOR.— Un general no puede ser impulsivo nunca. Dicen que Napoleón lo era, aunque yo creo que tenía mucho teatro. Hitler también lo era, y también hacía teatro. Pero, al fin y al cabo, derrotaron a ambos. Murieron de mala manera. Ya verá usted cómo yo moriré en el poder...

GENERAL VENCIDO.— Oh, no creo que alcance yo a verlo...

GENERAL VENCEDOR.— Me parece que es usted más joven que yo...

GENERAL VENCIDO.— No es cuestión de años...

GENERAL VENCEDOR.— Pues siento no darle a usted esa satisfacción. Sí, porque la verdad es que me encuentro fuerte. Me baso en el dictamen de mis médicos, aunque son unos merluzos todos. Pero tengo fuerzas en estos brazos y en estas piernas, puedo pescar durante horas, la caza me enerva, como siempre. Y las horas que paso en mi despacho tienen también su satisfacción. Ver a todos esos enanos que se inclinan ante uno...

GENERAL VENCIDO.— Debe de ser agradable...

GENERAL VENCEDOR.— Bueno, y también le satisfacción de crear, como estamos creando, un régimen progresivo, social, justo. Mucho mejor que el de Perón... Una democracia a nuestra manera, aunque muchas veces mi secreta impulsividad, cada vez mejor domeñada, me incita a implantar una verdadera dictadura. Pero no quiero para mi país la dictadura... Bueno, ahora sí que nos estamos saliendo de lo nuestro. Hemos caído en el terreno de lo personal y lo actual. Ya hablaremos otro día de la actualidad, que no es ni más ni menos que la consecuencia lógica de nuestra cruzada...

GENERAL VENCIDO.— Me gustaría hacerle una pregunta, Excelencia...

GENERAL VENCEDOR.— Hágala. Y, por favor, no me llame Excelencia. Aquí somos los dos simples generales. Estrategas. Hermanos de la gran familia castrense...

GENERAL VENCIDO.— Quería preguntarle en qué momento vio usted la mayor dificultad en la dura campaña...

GENERAL VENCEDOR.— Me parece interesante la pregunta... Sí, sí, es una manera de «replegarnos» al terreno del combate. Podemos cotejar, y estoy seguro de que mis momentos de angustia ni coincidirán con los de ustedes. Pero sí, le voy a ser franco, como mi apellido. Hubo muchos momentos en que sentí la angustia de la imprevisión, el miedo a lo irrevocable. Que superé, claro está. No, no fue en los primeros tiempos de la campaña, cuando nosotros éramos unos simples «facciosos» y las bandas milicianas de ustedes parecían ir a arrollarlo todo. Le diré que, militarmente, ustedes no me asustaron nunca, a pesar de sus Brigadas Internacionales, su oro moscovita, su ayuda sueca...

GENERAL VENCIDO.— Ustedes también tuvieron ayuda alemana, italiana y... aquella otra.

GENERAL VENCEDOR.— La inglesa... Pero, si me lo permite, de esto hablaremos otro día. De las supuestas ayudas. ¡Fíate de la Virgen y no corras! Pero le contesto a las preguntas de antes. Mis temores surgieron siempre de la posible desunión de mi ejército, cosa que a ustedes no les preocupó, porque ustedes siempre estuvieron desunidos. A principios de la campaña me preocupaba el generalito sevillano y borrachín, del que al fin me he visto libre. Al terminar el primer año triunfal, cuando el lío de los imbéciles esos, los falangistas. Y cuando, para la batalla decisiva, me incordiaban las llamadas potencias extranjeras en demanda de un armisticio... Como verá, me ha preocupado siempre lo militar y no la política...

GENERAL VENCIDO.— Hubiera sido curioso que usted cayera en el otro bando...

GENERAL VENCEDOR.— Ah, ¿es que duda usted, acaso, de que hubiera salido triunfante?

GENERAL VENCIDO.— Mantener la unidad en aquellas taifas...

GENERAL VENCEDOR.— Pero, hombre de Dios, ¿es que el pueblo ha estado unido alguna vez? Pero repase, repase usted la historia de nuestro país... Dese un paseíto por ese siglo XIX. Perdóneme, ya sé que lo conoce usted tan bien como yo. Quiero decir que la unidad se ha de implantar a la fuerza. A sangre y fuego, amigo mío. De haber dirigido yo las fuerzas de ustedes, claro que las hubiera llevado a la victoria y, por más que se obstine usted en negármelo, con mayor facilidad que a las que tuve el dolor de apacentar... No, no, no se trata de unas ideas o de otras. Se trata de un fin. Ustedes perdieron porque no querían ganar, y perdóneme la perogrullada... (*Ríe con risita de conejo.*)

GENERAL VENCIDO.— Así debió de ser...

GENERAL VENCEDOR.— Y me parece que, por hoy, ya hemos terminado. Por mi gusto estaría aquí hablando y hablando hasta mañana. No sabe usted la satisfacción que es para mí tener un interlocutor inteligente como usted. Salir de aquel despacho y entrar en nuestro «islote de resistencia» es como pasar de la noche al día, créame, general.

GENERAL VENCIDO.— Me halaga usted.

GENERAL VENCEDOR.— Le soy sincero como no podría serlo con ninguno de éstos que se arrastran por esos pasillos, incluida mi querida familia... Claro que para mí no hubo nunca más familia que el ejército, del que quedamos muy pocos: usted y yo y algunos más... Bueno, le espero la

próxima jornada, que tal vez se atrase un poco. Tengo mucho que resolver; nimiedades, pero que son una verdadera lata. Nombramientos ministeriales y todo eso. Pero me gustaría que se «rehiciera» usted. Quiero decir que fuera más combativo...

GENERAL VENCIDO.— Hoy le he hecho algunas preguntas...

GENERAL VENCEDOR.— Tímidas, con miedo. Me gustaría que me apretara el cerco, que me desafiara en terreno abierto, que me envolviera. A ver si es capaz usted de hacerme tambalear en mis fortificaciones, je, je, porque lo mío es combatir y combatir. Aunque no tengo enemigos..., quiero decir enemigos fuertes, hábiles, inteligentes, capaces de medirse conmigo. Usted tiene que ser ese enemigo, querido general y compañero...

III

En esta tercera jornada ambos generales se encuentran ya reunidos y «en combate». El GENERAL VENCEDOR va sacando de una caja figuritas de soldados, cañones, carros de combate, trenes de municionamiento y hasta avioncitos. En medio de la amplia mesa, limpia de planos y papeles, hay un castillo, que sirve de centro al despliegue de las figurillas.

GENERAL VENCEDOR.— *(Que saca las figuritas de la caja con entusiasmo, como el niño que desempolva las figuras del Belén.)* Vamos, amigo mío, vaya usted desplegando sus fuerzas defensivas..., que el tiempo apremia...

GENERAL VENCIDO.— *(Que se ha calado los lentes.)* Si es que no acabo de distinguir bien cuáles me pertenecen...

GENERAL VENCEDOR.— *(Dejando de sacar figuras.)* Je, je, je, ahora ha dicho usted una de esas verdades que se nos escapan sin querer...

GENERAL VENCIDO.— Déjeme que las observe...

GENERAL VENCEDOR.— No, no, ya veo que por usted habla el subconsciente ese, lo del judío puñetero aquel...

GENERAL VENCIDO.— Freud...

GENERAL VENCEDOR.— Ése. Ha dicho usted que no sabe cuáles le pertenecen, cosa que les sucedió igualmente cuando la cruzada. Nunca tuvieron tropas que les pertenecieran; en cambio yo...

GENERAL VENCIDO.— Por Dios, general, es usted terrible...

GENERAL VENCEDOR.— (*Que vuelve a su trabajo de colocación de figurillas.*)
¿Se ha rehecho usted ya?

GENERAL VENCIDO.— Bueno, ahora ya sé que estos moros no me pertenecen, ni éstos de la boina roja... Hubiera puesto usted las banderas...

GENERAL VENCEDOR.— (*Un poco enfurruñado.*) ¿Qué bandera? Bandera no hay más que una. ¡La de la patria! Siempre fueron ustedes tan formalistas...

GENERAL VENCIDO.— (*Que parece ir reconociendo las figuras.*) Me parece que ya voy haciéndome dueño del terreno...

GENERAL VENCEDOR.— (*Muy seco.*) Mi enhorabuena...

GENERAL VENCIDO.— (*Que va poniendo las figuras frente al castillo, mientras el GENERAL VENCEDOR, distanciándose algo, despliega las fuerzas ofensivas.*) Pero me temo equivocarse. Y como usted no perdona el más mínimo fallo...

GENERAL VENCEDOR.— (*Levantando un dedo.*) Ni el más mínimo...

GENERAL VENCIDO.— Ya estoy distinguiendo a las fuerzas leales, (*Subraya la palabra y el otro no se da por enterado.*) a la banda de milicianos, a los internacionales, que están muy bien, se lo han hecho muy bien; pero éstos, lo mismo pueden ser soldados de la República que monárquicos camuflados...

GENERAL VENCEDOR.— Muy agudo, muy bien dicho, porque los monárquicos —dígame usted a mí— siempre operaron en ambos frentes. Ya sabe usted que muchos estuvieron y están al servicio de la masonería...

GENERAL VENCIDO.— Bueno, yo voy colocando los míos, y si me equivoco, mala suerte. Aquí la vanguardia, el primer escalón, segundo escalón, reserva, tren de municionamiento...

GENERAL VENCEDOR.— Procure no equivocarse. Y, además, no sé si habrá observado que tiene usted más efectivos que yo. Tiene usted mucha aviación; en cambio yo sólo tengo dos aparatosos cacharros, así que tendré que pedir ayuda a los «junkers» alemanes...

GENERAL VENCIDO.— (*Con gran sarcasmo.*) Y a los italianos, que los italianos tienen una aviación estupenda...

GENERAL VENCEDOR.— (*Contraatando.*) Tampoco la aviación inglesa es moco de pavo...

GENERAL VENCIDO.— Sólo que éstos resultan muy poco de fiar...

- GENERAL VENCEDOR.— (*Que va poniendo los efectivos con verdadero ardor febril.*) Le anuncio, general contrincante, que ya tengo casi todos mis dispositivos frente a la capital y usted todavía está dudando en la ordenación del frente defensivo. Eso es ya un fallo garrafal...
- GENERAL VENCIDO.— (*Un poco risueño y tomándolo a broma.*) Ahí van por delante los de las Brigadas... junto con los milicianos. En la retaguardia, las tropas profesionales, los cuadros...
- GENERAL VENCEDOR.— (*Cogiendo un avión y llevándolo como un niño sobre el castillo.*) Le anuncio a usted que voy a bombardear la capital, ya que ha tenido la imprevisión de no colocar sus cazas...
- GENERAL VENCIDO.— ¡Ay, Dios mío, es verdad! Los cazas, los cazas...
- GENERAL VENCEDOR.— (*Muy sarcástico.*) Los cazas, los cazas, los cazas. Mire, ¡pum, pum, pum, purrumpumpum...! Fíjese el estrago, fijese. El centro de la capital, ardiendo, porque sus cazas, que no valen una patata, no han salido...
- GENERAL VENCIDO.— (*Casi en serio.*) Por culpa de ese idiota de Herrera, que se las da de aristócrata...
- GENERAL VENCEDOR.— Y mis alemanes, venga a lanzar bombas y más bombas, porque están deseosos los muchachos de probar la potencia de sus aparatos y la fuerza mortífera de sus explosivos...
- GENERAL VENCIDO.— Bueno, ya sabe que usted es un genio en los golpes por sorpresa.
- GENERAL VENCEDOR.— Que uno sabe acudir a todas partes y no se fía de nadie, simplemente eso, ya ve usted. Y ahora le vuelvo a bombardear... (*Se detiene a observar el despliegue defensivo del GENERAL VENCIDO.*) Ah, pues no está mal. Ha colocado usted muy bien los dispositivos. Muy bonito eso de guarnecer la salida que les queda hacia la costa. Yo me cuidaría más de la vía hacia la frontera... ¿Dónde tienen los depósitos de reserva?
- GENERAL VENCIDO.— Es un secreto de alta categoría militar...
- GENERAL VENCEDOR.— (*Mirándole fijamente.*) ¿Ha sido usted masón, por casualidad?
- GENERAL VENCIDO.— Bien sabe usted que no. ¿Por qué me lo pregunta ahora?
- GENERAL VENCEDOR.— Porque no estoy seguro. En la juventud se cometen muchas tonterías de las que luego tiene uno que arrepentirse...

GENERAL VENCIDO.— Bueno, me parece que se me enfada usted porque tengo bien guarnecida la capital y ustedes «no pasarán».

GENERAL VENCEDOR.— (*Con mucha astucia.*) De momento, no, no pasaremos. No. Porque sólo tenemos dos partes del frente y esta vía, la del río, que no la van a reconquistar ustedes por más que les ayudara el propio Stalin en persona. Y hay mucho rastrojo que cortar por aquí detrás. No pasaremos, no, pero les asaremos a cañonazos, les freiremos lentamente, aniquilándoles poquito a poco...

GENERAL VENCIDO.— (*Un poco melancólico.*) El desgraciado pueblo de la capital será quien soporte el sufrimiento...

GENERAL VENCEDOR.— Ya salió el humanista. ¿No piensa evacuar a ese pueblo inútil?

GENERAL VENCIDO.— Claro, claro, y ya se ha iniciado la evacuación...

GENERAL VENCEDOR.— Porque cuando estrechemos el cerco se van a quedar sin víveres, y entonces...

GENERAL VENCIDO.— Para eso tenemos un jefe de Gobierno, ilustre catedrático y doctor en Medicina, que se pasa las horas estudiando la cantidad de vitaminas que necesita el cuerpo humano para resistir...

GENERAL VENCEDOR.— Sí, pero en contrapartida tienen a la Manolita, que no hace más que derrochar. Cuidado con esa zorra, que les va a dejar en cueros, que se va a llevar hasta los cuadros del Museo del Prado, y, vamos, antes de eso, yo lo bombardeo. ¡Zas...! (*Coge un avión y lo coloca sobre el castillo.*) Ochocientos kilos, para que no salga de la patria su preciado tesoro artístico.

GENERAL VENCIDO.— Pues usted lo sabe todo, ahora...

GENERAL VENCEDOR.— Y antes...

GENERAL VENCIDO.— Tenía buen servicio de espionaje...

GENERAL VENCEDOR.— Y ustedes un detestable servicio de contraespionaje..., con tanto indeseable extranjero en su casa...

GENERAL VENCIDO.— Yo no tengo la culpa

GENERAL VENCEDOR.— La tendré yo...

GENERAL VENCIDO.— Odio a los espías.

GENERAL VENCEDOR.— Pero son muy necesarios. Además, ellos mismos se aniquilan, acaban cayendo en sus propias debilidades. Les pasa como a ustedes...

GENERAL VENCIDO.— ¡A mí no me insulte usted!

GENERAL VENCEDOR.— Yo llamo al pan, pan, y al vino, vino...

GENERAL VENCIDO.— También usted cayó en la trampa.

GENERAL VENCEDOR.— ¿Yo? ¿Trampa? ¿Qué trampa?

GENERAL VENCIDO.— Sus espías no le informaron de la llegada de los internacionales.

GENERAL VENCEDOR.— ¿Todavía cree usted eso? ¿Todavía se cree que fue esa chusma la que nos impidió entrar? Les regalé a ustedes esa bazofia...

GENERAL VENCIDO.— Ustedes también probaron de eso.

GENERAL VENCEDOR.— Y porque lo probé, lo digo... Pero, vamos, lo que usted debiera hacer es guarnecer bien el camino de la costa...

GENERAL VENCIDO.— Eso no me compete, porque yo sólo opero en la Zona Centro.

GENERAL VENCEDOR.— Pero ¿no pertenece al Estado Mayor?

GENERAL VENCIDO.— La competencia es grande y mi poder tiene unos límites...

GENERAL VENCEDOR.— Por esa limitación, mire usted, (*Mueve las figurillas.*) mis tropas van a cortar el camino de la costa...

GENERAL VENCIDO.— No será por lo mucho que yo lo advertiera...

GENERAL VENCEDOR.— La defensa de la capital, de la preciosa capital, les dejó ciegos.

GENERAL VENCIDO.— Yo lo advertí, yo lo advertí, sabía que por ahí nos vendría la puñalada...

GENERAL VENCEDOR.— No sería por falta de experiencia, después de los descalabros que tuvieron en el norte. Pues mire, cuando nosotros lleguemos por aquí al mar y envolvamos por esta parte, ustedes se quedarán prácticamente aislados.

GENERAL VENCIDO.— Sitiados...

GENERAL VENCEDOR.— Con la capital muy bien defendida, desde luego. Pero nosotros, sin necesidad ya de aviación, les asamos diariamente a cañonazos. ¡Pobre y sufrido pueblo en manos de generales ineptos...!

GENERAL VENCIDO.— (*Dando un manotazo y tirando varias figuras.*) Le digo que no tiene derecho a insultarme.

GENERAL VENCEDOR.— Yo no le insulto. Ya sabe que le considero a usted una excepción, una honrosa excepción. Opinión que me parece que no coincidirá con la que de usted tenían y deben de seguir teniendo sus compañeros, alguno de los cuales está en el exilio, y no digamos los comunistas y todos éstos...

GENERAL VENCIDO.— Me tienen por un traidor. ¿Insinúa usted eso?

GENERAL VENCEDOR.— Usted se lo dice todo. Yo...

GENERAL VENCIDO.— Si nos ponemos a hablar de traiciones... (*En un momento de coraje.*) Además, aún no está todo perdido. Queda esta zona. Tienen ustedes que pasar el río. No va a ser fácil.

GENERAL VENCEDOR.— No, no va a ser fácil, pero va a ser. ¡La famosa batalla! Pero si hubo dificultades la culpa no la tuvieron ni ustedes con su inútil y esforzada resistencia, ni nosotros por falta de arrojo. La culpa de tanta demora fue de los diplomáticos extranjeros, toda esa caterva de las logias, que creían obligarme a un armisticio.

GENERAL VENCIDO.— Pero que en el fondo estaban de su parte...

GENERAL VENCEDOR.— (*Sin hacer caso.*) Si en lugar de eso, ustedes hubieran abandonado la capital, dejando dentro a las legaciones extranjeras..., ¿eh? Pero no, se estaba muy bien en la capital, en los palacios, celebrando banquetes en vajilla de plata con los corresponsales extranjeros, organizando saraos con poetas comunistas. Doña Manolita disfrutaba mucho. Y mientras quedara el camino de la costa para salir corriendo...

GENERAL VENCIDO.— (*Apartándose malhumorado de la mesa.*) Me niego a continuar este juego.

GENERAL VENCEDOR.— Vamos, vamos, no se me enfade usted. Lo ha dicho con claridad: estamos jugando, es un simple juego. Lo demás ya pasó...

GENERAL VENCIDO.— Pero usted se está aprovechando de la situación.

GENERAL VENCEDOR.— Ya sabe usted que el aprovechamiento de la victoria es la última fase del combate ofensivo.

GENERAL VENCIDO.— Y en eso es también usted un hábil estratega. ¡Bien aprovecha usted la victoria...!

GENERAL VENCEDOR.— ¿Acaso ustedes no la hubieran aprovechado igualmente? ¿Acaso ustedes nos hubieran dado cuartel? ¿Acaso ustedes no habrían implantado el terrible comunismo en nuestra patria?

GENERAL VENCIDO.— ¡Ya está! Lo de siempre. El comunismo. ¡El comunismo! Si no hubiera habido comunismo, no sé qué hubiera usted podido hacer.

GENERAL VENCEDOR.— Lo hubiera inventado. Lo hubiéramos inventado. Ya sabe usted, y no me recato en decirlo, que desde el punto de vista digamos táctico y estratégico, el comunismo es admirable, un partido disciplinado, férreo, que sujeta a la masa y la encauza. El ideal para un go-

bernante. Lo que pasa es que nosotros somos católicos y no podemos aceptar una ideología materialista que destruye lo más esencial del ser humano...

GENERAL VENCIDO.— Humanismo...

GENERAL VENCEDOR.— Espiritualista...

GENERAL VENCIDO.— Es inútil. Usted siempre tiene razón.

GENERAL VENCEDOR.— La tengo. Nadie me hará creer lo contrario. Desde siempre. Ya está usted viendo que el mundo entero me está dando la razón, y que hasta nuestros más inveterados enemigos del exterior van volviendo al redil.

GENERAL VENCIDO.— La suerte que usted ha tenido... Y los poderes a los que sirve.

(Pausa tensa. El GENERAL VENCIDO está muy tenso. El GENERAL VENCEDOR se pasea lentamente sin dejar de observarle.)

GENERAL VENCEDOR.— Bueno, me parece que ha llegado el momento de tomar nuestra tacita de té..., que servirá para entonarle a usted un poco. Si quiere, puedo pedir que nos traigan tila...

GENERAL VENCIDO.— *(En un arranque de ira incontrolada.)* ¡La tila se...!

GENERAL VENCEDOR.— *(Que está llenando las tazas del té.)* Cuidado, general, cuidado. Que va a resultar que es usted un impulsivo. Sobre esto de la tila recuerdo que uno de nuestros generales, un borrachín de éstos, vicioso y mujeriego, cantaba una cosa que se me ha quedado en la memoria. ¿Cómo era? Ah, sí, aquello de:

“Toma tila, bombón, toma tila,
que también tu madre tenía esa manía...”

Cuplés de éstos indecentes que tanto gustaban a la tropa. Era algo que cantaba la Chelito, o alguna de esas zorras que les gustaban a esos militares y a las que yo no encuentro la gracia... ¿El té?

GENERAL VENCIDO.— *(Tomando la taza.)* Debo presentarle mis excusas.

GENERAL VENCEDOR.— Reconozco que he estado un poco impertinente. Debo ser yo el que pida perdón. Sentémonos. Hemos peleado bien al fin y al cabo. Usted se ha defendido como un jabato en esta ocasión.

GENERAL VENCIDO.— Gracias.

GENERAL VENCEDOR.— (*Ahora los dos, sentados, conversan apaciblemente.*)

Al fin y al cabo, cada uno por nuestra parte estamos construyendo la historia.

GENERAL VENCIDO.— Bah, la historia...

GENERAL VENCEDOR.— Cada uno tendremos un lugar en la historia. Ya lo tenemos. Pero, eso sí, le he de confesar una cosa... Me preocupa, tal vez demasiado, el juicio de la historia sobre mi persona y sobre mi cruzada.

GENERAL VENCIDO.— Después de usted, lo que dijo el otro, el diluvio.

GENERAL VENCEDOR.— Si uno pudiera, de la misma manera que dirigir los ejércitos, encauzar la historia y aun reparar sus errores pasados... Algo he hecho yo sobre eso, pero desgraciadamente la historia, muchas veces, va por caminos diversos. El pueblo, además, acostumbra a ser muy desagradecido. Fíjese usted en mí, que he dado cerca de veinte años de paz al país, una paz como nunca tuvo, y a nadie se le ha ocurrido solicitar para mí el premio Nobel de la paz.

GENERAL VENCIDO.— (*Con enorme sarcasmo.*) No debe desesperar. Tal vez algún día...

GENERAL VENCEDOR.— Es un hecho cierto. Es la verdad. ¿Quién ha hecho más por la paz?

GENERAL VENCIDO.— Si usted lo cree así...

GENERAL VENCEDOR.— Estoy completamente convencido. Pregunte a cualquiera si no es verdad. Todos están encantados con nuestra paz. Y no será porque eso lo haya explotado como propaganda...

GENERAL VENCIDO.— Ahí tiene usted otra cosa que aprovechar...

GENERAL VENCEDOR.— (*Con mucha mala sangre.*) Hoy me conformo con haber desbaratado su perfecto, o casi perfecto, plan de defensa de la capital...

GENERAL VENCIDO.— Nada hay perfecto en el mundo...

GENERAL VENCEDOR.— La batalla de Waterloo, repito, era perfecta. Y también fue una batalla perdida...

GENERAL VENCIDO.— Desde el momento en que el juego se pierde...

GENERAL VENCEDOR.— (*Observándole atentamente.*) ¡Qué terrible desesperación debe de producir la pérdida de algo tan esencial! Ésa es una sensación que no conozco...

GENERAL VENCIDO.— (*Con gran amargura.*) Y le doy mi más preciada enhorabuena por no conocer eso. Aunque, al fin y al cabo, un día u otro se pierde...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Qué dice usted?

GENERAL VENCIDO.— Al fin y al cabo, existe la muerte, y esa batalla siempre se pierde.

GENERAL VENCEDOR.— No se me ponga ahora metafísico. Para el que no cree en el más allá, efectivamente, es una batalla perdida... Igual que para quien no le importa dejar una obra hecha, un legado a la humanidad...

GENERAL VENCIDO.— (*Ipertértito.*) Esa batalla, a pesar de todo, no la va a ganar usted.

GENERAL VENCEDOR.— Espero morir en paz... y en el poder. Perpetuada mi memoria...

GENERAL VENCIDO.— Ya veremos...

GENERAL VENCEDOR.— (*Que está furioso.*) Pero, dígame, ¿qué se experimenta al ser derrotado?

GENERAL VENCIDO.— ¿Qué se experimenta? ¿Cómo poder explicárselo? Estamos aquí usted y yo sentados, tomando una taza de té y recordando aquello. Aparentemente conversamos, y entre los dos hay un enorme precipicio... Imposible explicarle. Esos fenómenos son como los misterios: indescritibles. Hay que pasar por la experiencia. Vivirlos...

GENERAL VENCEDOR.— Pero una experiencia un poquito desagradable, ¿no?

GENERAL VENCIDO.— Para un cristiano como usted, posiblemente muy aleccionadora...

GENERAL VENCEDOR.— Para un cristiano, no es muy aleccionadora la derrota. Acaso lo sería para un judío, pero para un cristiano, no, no lo creo...

GENERAL VENCIDO.— Cristo fue derrotado...

GENERAL VENCEDOR.— Pero resucitó...

GENERAL VENCIDO.— Por favor, no me haga usted ahora meterme en cuestiones de doctrina cristiana...

GENERAL VENCEDOR.— ¡No, no! Bastante lata nos dan los curas. Dejemos eso. Pero ahora me gustaría que me hiciera un favor, aunque sé que le va a molestar...

GENERAL VENCIDO.— No creo que me moleste demasiado. Y ya ve que estoy muy dispuesto hacia usted.

GENERAL VENCEDOR.— Como es natural, no se me ha olvidado el momento, aquel momento único en que usted me comunicó por ese teléfono que la capital se rendía sin condiciones...

GENERAL VENCIDO.— Yo obraba como simple portavoz de una Junta de Defensa...

GENERAL VENCEDOR.— ¡Aquella mañana inefable...! Después de que aquel desgraciado de su Gobierno anduvo por la Gran Bretaña pidiendo un armisticio honroso... cuando estaban ya ustedes vencidos por las armas, je, je, je...

GENERAL VENCIDO.— Aquel hombre era otro portavoz. Se trataba de salvar muchas vidas y muchas cosas...

GENERAL VENCEDOR.— Que tenía que salvar yo, y no los buenos oficios de míster Eden.

GENERAL VENCIDO.— Ya puede usted imaginarse que en un trance así, lo último que se pierde es la esperanza...

GENERAL VENCEDOR.— Recuerdo su voz grave, digna, concisa, como un neutro portavoz de la tragedia... que nosotros recibimos como ya puede usted imaginarse... Yo le pediría ahora, si fuera usted tan amable, de hacerme obsequio de descolgar ese teléfono y repetir aquel mensaje...

GENERAL VENCIDO.— ¿Qué dice usted? ¿Qué vuelva a...? Eso es irrepetible, señor...

GENERAL VENCEDOR.— Ya sé que no será lo mismo, que la voz será otra, aunque de la misma persona... De todos modos, hágame ese favor. Vaya a ese teléfono y repita usted la escena...

GENERAL VENCIDO.— No estamos en el teatro...

GENERAL VENCEDOR.— Hemos dado hoy la batalla, ¿no? Yo le he vencido y he entrado en la capital. Falta ese detalle...

GENERAL VENCIDO.— Puede darse por sobreentendido...

GENERAL VENCEDOR.— Le ruego que lo haga... De lo contrario, amigo, la sesión quedaría incompleta... (*Señalando el teléfono.*) Por favor...

GENERAL VENCIDO.— No me creo en esa obligación...

GENERAL VENCEDOR.— Ni yo voy a obligarle, por supuesto. Pero creo que eso le haría a usted un bien. Sería como una especie de confesión...

GENERAL VENCIDO.— No tengo por qué...

GENERAL VENCEDOR.— Veo que eso le conmueve a usted muy hondamente. Por ahí me doy cuenta de lo terrible que es la derrota, esa derrota de la que supe preservarme... No digo más...

GENERAL VENCIDO.— (*Se levanta bruscamente.*) Está bien... No crea que me siento tan conmovido, ni que eso constituya tanta desgracia. Yo no era más que uno, y el terror lo compartían muchos... Voy al teléfono...

GENERAL VENCEDOR.— Se lo agradezco. Veo que es usted valeroso. Adelante...

(El GENERAL VENCIDO ha ido hasta el teléfono. Duda un momento. Trata de no delatar su emoción. El GENERAL VENCEDOR observa con gran satisfacción el leve temblor de sus manos. Sonríe. El otro le echa una mirada fulminante. Pausa.)

GENERAL VENCIDO.— *(Al fin, con voz que trata de ser fría y natural.)* Con el Cuartel General del Generalísimo... *(Pausa.)*

GENERAL VENCEDOR.— *(Que deja pasar una larga serie de segundos.)* Diga, diga..., aquí el Generalísimo...

GENERAL VENCIDO.— Le habla la Junta de Defensa de la capital...

GENERAL VENCEDOR.— *(Desde su sillón, botando de alegría en el asiento.)* Diga, diga, le escucho...

GENERAL VENCIDO.— *(Con voz ronca, casi furiosa, rompiendo la frialdad.)* En nombre de la Junta de Defensa le ofrecemos la rendición... sin condiciones...

(Oscuro.)

IV

La estancia —en esta cuarta velada— permanece solitaria. A través de la ventana, abierta a un atardecer otoñal, se oye una música oriental de flautas y chirimías acompañada por el incesante tambor. Se oyen también gritos guturales y una salmodia árabe entonada por roncas y viriles voces. El cielo enrojecido del atardecer parece transportarnos a los desiertos africanos.

(Se abre la puerta y aparecen ahora ambos generales, que, muy ceremoniosos, en el umbral, se ceden mutuamente el paso.)

GENERAL VENCEDOR.— Por favor, general...

GENERAL VENCIDO.— Usted primero, no faltaba más...

GENERAL VENCEDOR.— Hágame un obsequio...

GENERAL VENCIDO.— No, no...

GENERAL VENCEDOR.— Es usted mi huésped...

GENERAL VENCIDO.— Pero...

(Por supuesto, a la hora de decirse ambos lo hacen a la vez, con la colisión pertinente.)

Perdón...

GENERAL VENCEDOR.— Pase, pase...

(Entran por fin en la estancia y el GENERAL VENCEDOR va a cerrar la ventana. Pero antes permanecen ambos escuchando el canto oriental y las músicas morunas.)

¿Qué le parece?

GENERAL VENCIDO.— Cuántos recuerdos...

GENERAL VENCEDOR.— *(Cerrando la ventana. Los ruidos quedan amortiguados, aunque perceptibles en una lejanía.)* Los muchachos quieren despedirse de mí con sus cantos y su música...

GENERAL VENCIDO.— ¿Ha licenciado usted a todos?

GENERAL VENCEDOR.— A todos, por supuesto. Habiendo alcanzado su país la independencia, no tiene sentido mantener esta guardia africana... Además, resulta impopular tenerla, después de los salvajes ataques a nuestras tropas en Ifni...

GENERAL VENCIDO.— Deben sentirlo esos muchachos...

GENERAL VENCEDOR.— *(Sentándose en su sillón y reflexivo.)* ¿Quién no va a sentirlo después de tantos años de convivir juntos y después de la lucha que mantuvimos allá?

GENERAL VENCIDO.— *(Que se ha sentado también.)* Otra cosa que se nos va...

GENERAL VENCEDOR.— *(Reaccionando.)* Lo estábamos esperando. Para eso habíamos tutelado a ese pueblo. Un día u otro tenía que llegar.

GENERAL VENCIDO.— Además, es justo...

GENERAL VENCEDOR.— Prematuro. La independencia debería haber tardado más en llegar. Pero la culpa la tienen los franceses, que dejan infiltrarse en su territorio a las fuerzas comunistas y masónicas...

GENERAL VENCIDO.— Y una preocupación menos...

GENERAL VENCEDOR.— Los tiempos del colonialismo ya han pasado. Ahora esperemos la devolución de Gibraltar...

(Pausa. Se oyen lejanos los cantos y los bailes.)

GENERAL VENCIDO.— *(Escuchando.)* Esas músicas... Nunca he podido entender si son alegres o tristes. Si celebran una victoria o una derrota...

GENERAL VENCEDOR.— La música para ellos es una religión, como todo en su vida...

GENERAL VENCIDO.— Tampoco lo entiendo...

GENERAL VENCEDOR.— Al moro, creyente en Dios como ningún otro pueblo, jamás podrá vencerlo el comunismo, a pesar del Istiqlal ese y de la podredumbre francesa. Dejar de ser creyente es como perder su identidad. Es un pueblo tan creyente como el nuestro, y jamás caerá en manos del comunismo...

GENERAL VENCIDO.— Usted considera, por tanto, que lo mejor de nuestro pueblo procede de esa herencia...

GENERAL VENCEDOR.— No lo dude. La providencia guía sus pasos por ser creyente. Nosotros tuvimos siempre a la providencia de nuestra parte, gracias a nuestra religiosidad...

GENERAL VENCIDO.— *(Venenoso.)* La providencia y usted...

GENERAL VENCEDOR.— *(Mirándole atentamente.)* Supongo que usted es ateo...

GENERAL VENCIDO.— ¿Por qué lo supone usted?

GENERAL VENCEDOR.— Ustedes eran ateos y querían que el pueblo lo fuese. Uno de sus primeros cuidados fue destruir la religión. ¿O acaso no se mantuvieron ustedes de brazos cruzados cuando se quemaban conventos, iglesias y...?

GENERAL VENCIDO.— *(Poniéndose de pie, molesto.)* ¿Y usted cree realmente en Dios?

GENERAL VENCEDOR.— Creo, creo, creo en Dios y soy católico, apostólico y romano, en cuya religión nací y en la que quiero morir. A pesar de que actualmente la misma Iglesia, a través de esos curillas jóvenes, esté contaminada por el morbo funesto del materialismo...

GENERAL VENCIDO.— ¿Y cree, realmente, que nuestro pueblo es lo mismo que usted?

GENERAL VENCEDOR.— Lo mismo. Nuestro pueblo es bueno, sencillo, generoso. Igual que ese otro. Bien pudieron ustedes comprobarlo. Si cayó la República fue porque ustedes...

GENERAL VENCIDO.— Otra vez nosotros...

GENERAL VENCEDOR.— Porque ustedes pretendieron destruir la fe de sus mayores. Al hacerlo firmaron ustedes su propia sentencia de muerte... Sí, sí, sí... No lo dude usted...

GENERAL VENCIDO.— (*Que se pasea lentamente.*) Yo, por mi parte, nunca dudé de que la religión es un motor que mueve a los pueblos...

GENERAL VENCEDOR.— Desde luego. El que dijo aquello del opio demostró una clarividencia enorme...

GENERAL VENCIDO.— Y sin embargo, ya ve usted, ese pueblo fanático más que creyente... (*Señala la ventana.*) no puede decirse que se halle en un buen momento...

GENERAL VENCEDOR.— Puede estar convencido ese pueblo, como el nuestro, de que jamás será presa del comunismo...

GENERAL VENCIDO.— (*Sin poder evitar una carcajada.*) Con eso ya está dicho todo...

GENERAL VENCEDOR.— (*Mirándole fijamente.*) ¿Así que usted no cree en Dios?

GENERAL VENCIDO.— Yo no he dicho que no creyera en Dios...

GENERAL VENCEDOR.— Pero usted no cree...

GENERAL VENCIDO.— Usted lo dice todo...

GENERAL VENCEDOR.— Y tampoco creará en el demonio, supongo...

GENERAL VENCIDO.— Hombre... ¿Usted cree en el demonio?

GENERAL VENCEDOR.— Naturalmente que creo en el demonio... Como buen católico, apostólico y romano, creo en el demonio, en el genio del mal, en el príncipe de las tinieblas...

GENERAL VENCIDO.— Y, dígame, ¿también el demonio, o la providencia demoníaca, llamémosla así, le ayudó en la famosa cruzada...?

GENERAL VENCEDOR.— ¡Ayudó! La palabra ayudar, en mi caso, es muy relativa. Fui yo quien puso toda la carne en el asador, yo...

GENERAL VENCIDO.— Con la ayuda de la providencia divina... y la otra...

GENERAL VENCEDOR.— Es usted, como todos los de su calaña, petulante y estúpido. Por eso me complace mucho ahora verle ante mí como lo que fue, un «perdigón», según decíamos en la Academia...

GENERAL VENCIDO.— No sé hasta qué punto puedo permitir que me insulte...

GENERAL VENCEDOR.— La culpa es suya por su presunción intelectual. Pero, en fin, le pido mil perdones...

GENERAL VENCIDO.— No me considero obligado a soportar...

GENERAL VENCEDOR.— (*Interrumpiéndole.*) Estábamos hablando del demonio...

GENERAL VENCIDO.— (*Se ha vuelto a sentar de mala gana impelido por la curiosidad.*) Sí, del demonio o de la providencia demoníaca...

GENERAL VENCEDOR.— Le podría dar yo muchas lecciones acerca de eso que se llama «demonio», desde la primitiva concepción helénica, como espíritu familiar y benéfico, hasta la concepción cristiana medieval, pasando por el maniqueísmo zoroástrico...

GENERAL VENCIDO.— (*Irónico.*) Me asombran sus conocimientos, basados casi siempre en la famosa enciclopedia Espasa...

GENERAL VENCEDOR.— (*Que ha acusado el golpe.*) Está usted algo equivocado. Mi conocimiento del demonio quizá sea más personal de lo que se imagina...

GENERAL VENCIDO.— No me diga... Cuente, cuente, cuente. ¿Acaso se le ha aparecido como a Santa Teresa? Y, dígame, ¿tiene esos cuernos y el rabo que afirman los doctores de la Iglesia...?

GENERAL VENCEDOR.— (*Muy sereno.*) He aquí una pregunta bien vulgar y que no me esperaba de usted...

GENERAL VENCIDO.— Perdóneme. Lo retiro. Sí, es una vulgaridad...

GENERAL VENCEDOR.— Una idea infantil...

GENERAL VENCIDO.— Además, impropio por mi parte, luego de haberle oído hablar de Zoroastro y del demonio helénico...

(Pausa. Llegan los gritos guturales de los moros.)

GENERAL VENCEDOR.— (*Hablando muy serenamente.*) En más de una ocasión, en África, cuando la guerra de Marruecos, en el frente de batalla, en la posguerra, ahora mismo, ahora exactamente, he sentido dentro de mí una fuerza tremenda capaz de destruirlo todo...

GENERAL VENCIDO.— Eso se llama simplemente odio...

GENERAL VENCEDOR.— En su versión, digamos, «científica» para usted. Pero para mí, que siempre me guié por el amor, por mi deseo de hacer una patria grande y feliz, que juro por Dios que fue la finalidad de toda mi

vida, el odio no ha existido jamás, jamás... Usted mismo puede ser un testimonio claro de mi falta de odio, y, como usted, pueden atestiguarlo todos los que fueron magnánimamente perdonados por mí...

GENERAL VENCIDO.— Gracias otra vez...

GENERAL VENCEDOR.— Lo que yo siento, lo que he sentido, es la presencia de una fuerza del mal, una fuerza capaz de arrasarlo todo, como la peor de las bombas atómicas...

GENERAL VENCIDO.— Me asusta usted...

GENERAL VENCEDOR.— Y en muchas ocasiones, en momentos de peligro, esa fuerza inesperada y misteriosa constituye una tentación irresistible, irresistible... *(Al decir esto se seca el sudor con un pañuelo. El GENERAL VENCIDO le observa ahora con cierta prevención. En la tensión surge de nuevo el grito musulmán.)*

GENERAL VENCIDO.— *(Sobreponiéndose.)* Pero esa tentación podrá usted conjurarla esgrimando cualquiera de las muchas reliquias que tiene a mano...

GENERAL VENCEDOR.— *(Sin hacerle caso.)* Imagínese usted que alguien invisible pone en sus manos un rayo mortífero, capaz de aniquilar al enemigo que le está importunando...

GENERAL VENCIDO.— Hay muchas maneras de aniquilar al enemigo sin recurrir...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Y si yo le dijera que en esos momentos, cuando siento dentro de mí esa capacidad, he mirado ante mí al enemigo? Sólo una mirada, una levísima mirada, y el enemigo ha retrocedido y las balas han cambiado su curso...

GENERAL VENCIDO.— Ah, pero eso quién sabe si no es la Virgen del Pilar o el «detente» del Corazón de Jesús que llevaban sus soldados, y que también desviaban las balas y hacían retroceder al maligno enemigo...

GENERAL VENCEDOR.— *(Sin acusar lo más mínimo las palabras del otro y permaneciendo en su actitud de alucinado.)* Yo he sentido claramente, en un momento, la fuerza de mi mirada, y sé que más de uno ha caído, más pronto o más tarde, después de mirarle en ese instante en que la fuerza que viene de lo hondo se cruza con la luz que atraviesa mi mirada... ¿No ha oído hablar de mí...?

GENERAL VENCIDO.— *(Dando casi un salto en la silla.)* Sí, por Dios. Ahora caigo. Sí. La desaparición de sus rivales, arrastrados por la muerte, esos jefes de Estado que se decían que desaparecieron después de visitarle... Sí, demonios, sí...

- GENERAL VENCEDOR.— Eso se llama «mal de ojo». Los italianos lo llaman «jettatura», pero tiene una explicación más o menos científica...
- GENERAL VENCEDOR.— Más o menos necia. La explicación. Pero el hecho existe... (*Se levanta y parece despertar de un sueño.*) Ya sé que a usted no le impresionan estas cosas, ni le importan siquiera...
- GENERAL VENCIDO.— No, no, le juro que eso sí me interesa. Y le diré más: ésta ha sido la velada más interesante que usted me ha ofrecido...
- GENERAL VENCEDOR.— Pero yo le agradecería que se olvidara de lo que le he dicho en un momento de debilidad que he tenido. O tal vez haya sido en un momento en que la fuerza misteriosa me dominaba, vade retro. (*Y el GENERAL VENCEDOR se santigua rápidamente. El GENERAL VENCIDO no se ríe esta vez y permanece serio.*)
- GENERAL VENCIDO.— (*Hablando tras una pausa. El GENERAL VENCEDOR está de espaldas a él, observando a través de la ventana.*) Yo no niego que existan misterios que aparecen como irracionales y que poco a poco, merced al progreso..., van desvelándose...
- GENERAL VENCEDOR.— (*Volviéndose.*) Hoy vamos a tomar un vaso de té moruno que me prepararon los muchachos esos... (*Va hacia la estufa.*) Con su hierbabuena y todo...
- GENERAL VENCIDO.— No lo había probado desde mis tiempos de África, figúrese...
- GENERAL VENCEDOR.— (*Mientras prepara el té.*) La seguridad de usted...
- GENERAL VENCIDO.— Que nunca podrá compararse a la suya...
- GENERAL VENCEDOR.— Iba a decir que no se explica de ninguna manera que ustedes pudieran perder la guerra siendo tan sabios y estando tan seguros de todo...
- GENERAL VENCIDO.— Es aquello de la batalla de Waterloo...
- GENERAL VENCEDOR.— (*Ofreciéndole el vaso de té con la hierbabuena.*) Hue-la, general, el olor embriagante de Marruecos... ¡La fuerza de una raza...!
- GENERAL VENCIDO.— (*Oliendo.*) Sí, qué maravilla, siempre me gustó este olor a menta...
- GENERAL VENCEDOR.— (*Llevándose el vaso de té a los labios.*) Es un brebaje que calma y tonifica los nervios...
- GENERAL VENCIDO.— (*Bebiendo.*) Tal vez tenga poderes afrodisíacos...
- GENERAL VENCEDOR.— Todo lo contrario..
- GENERAL VENCIDO.— Ahora sólo faltaría fumar una pipa de kif, la pipa de la paz...

GENERAL VENCEDOR.— Eso es una droga maligna. Embrutecedora.

GENERAL VENCIDO.— Por eso ustedes la fomentaban entre los musulmanes y la prohibían entre los cristianos...

GENERAL VENCEDOR.— Nosotros siempre hemos respetado las costumbres de los indígenas y velado por sus derechos...

GENERAL VENCIDO.— Aunque sus costumbres atentaran contra su salud y su mente...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Y acaso ustedes no permitían a sus soldados emborracharse en el mismo frente de batalla?

GENERAL VENCIDO.— Respetábamos sus derechos...

GENERAL VENCEDOR.— ¡Cúantas veces llegaban hasta nuestras trincheras los cantos beodos de la chusma que peleaba con ustedes...!

GENERAL VENCIDO.— Lo mismo que ahora sus moritos...

GENERAL VENCEDOR.— Hoy es un día especial. Los muchachos se van y bien puede permitírseles un capricho...

GENERAL VENCIDO.— Lo mismo pasaba en nuestras trincheras. ¿No íbamos a permitir que los muchachos bebieran antes de entrar en combate?

GENERAL VENCEDOR.— Precisamente cuando deberían tener el ánimo sereno y los ojos claros...

GENERAL VENCIDO.— Eso es una opinión suya personal...

GENERAL VENCEDOR.— Ése fue siempre el estilo de ustedes, la sinrazón y la locura...

GENERAL VENCIDO.— (*Que ha consumido su vaso de té y se levanta a dejarlo en la mesa.*) No me va usted a convencer de todas maneras...

GENERAL VENCEDOR.— Al que se ha vencido por las armas se le ha vencido antes moralmente, aunque él se obstine en negarlo...

GENERAL VENCIDO.— Algo habrá siempre que se resistirá a ser vencido...

GENERAL VENCEDOR.— Bobadas. Pataleta de niños. Aunque haya vuelto usted a España y esté conversando amigablemente conmigo, sigue teniendo la mentalidad de esos exilios que viven todavía en julio de 1936. ¿No tiene usted ni siquiera ojos en la cara para ver que todo ha cambiado, que somos otros, que el pueblo nos quiere, que está contento con el avance social y económico que le hemos proporcionado estos últimos años?

GENERAL VENCIDO.— Tal vez sea ilusión suya...

GENERAL VENCEDOR.— (*Perdiendo un tanto su dominio y levantándose iracundo.*) No... No. Bien sabe usted que no... El hecho de que esté aquí

conmigo y que otros como usted y peores que usted hayan podido volver, es la prueba irrefutable de que para nosotros no constituyen peligro alguno... Si no quiere convencerse, allá usted; puede continuar en su error los años que sea, hasta su muerte...

GENERAL VENCIDO.— No me podrá usted nunca impedir que mantenga mis convicciones...

GENERAL VENCEDOR.— Ha visto usted cómo todos han ido dándonos la razón. El mundo libre ha comprendido la justicia de nuestra lucha. Ha sido la segunda victoria nuestra. ¡Jamás volveremos a aquello, jamás! Sépalo usted claramente, y si quiere seguir obstinado en su...

(En ese momento estalla una estruendosa retreta floreada tocada por la banda de la guardia mora con gran lujo de chirimías y tambores. Retreta de despedida en homenaje al general triunfador. La música impide entender las palabras del GENERAL VENCEDOR, que sigue hablando y gesticulando, moviendo los labios, percibiéndose algunas palabras sueltas entre los acordes de la música, palabras como:)

Barbarie comunista..., alianza masónica..., confabulación internacional...

V

El GENERAL VENCEDOR, vestido de paisano, se encuentra agazapado en la ventana con un moderno fusil entre las manos, dirigido hacia el exterior. A través de la ventana se ve un atardecer primaveral. Las manos del GENERAL VENCEDOR agarran el fusil con la tenacidad de las garras de un águila; el cuerpo encorvado, de pajarraco, con el ojo puesto sobre la mira telescópica.

(Entra el GENERAL VENCIDO y permanece quieto, sin atreverse de momento a llamar la atención de su contrincante. Ha pasado algún tiempo desde las escenas anteriores,

tiempo que se nota claramente tanto en el encorvado cuerpo del GENERAL VENCEDOR como en el cansancio decrepito del GENERAL VENCIDO, que espera pacientemente a que el otro termine su acecho.)

GENERAL VENCIDO.— *(Después de unos instantes con voz ronca y cansada.)*

Buenas tardes, general...

GENERAL VENCEDOR.— Ya le he visto... Venga, venga, acérquese. ¿Qué espera?

GENERAL VENCIDO.— No quisiera molestarle...

GENERAL VENCEDOR.— *(Mostrando el arma como un niño, volviéndose bruscamente y encañonando al GENERAL VENCIDO.)* ¿Qué le parece?

GENERAL VENCIDO.— *(Que ha dado un paso atrás, como asustado, lo que despierta el regocijo del GENERAL VENCEDOR.)* ¿Qué?

GENERAL VENCEDOR.— No se me asuste, hombre. Está descargado... Mire...

GENERAL VENCIDO.— *(Reponiéndose y tomando el fusil.)* Es una buena arma...

GENERAL VENCEDOR.— Americana. Con mira telescópica...

GENERAL VENCIDO.— *(Con cierto sarcasmo.)* De las que utilizan para asesinar a los presidentes norteamericanos...

GENERAL VENCEDOR.— Mire, mire, qué precisión... Haga el favor...

GENERAL VENCIDO.— *(Observando por la mira telescópica.)* Si hubiéramos tenido estas armas en aquel tiempo...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Cuándo?

GENERAL VENCIDO.— Cuando la campaña de Marruecos... por ejemplo.

GENERAL VENCEDOR.— *(Muy jovial.)* ¿Se acuerda? Aquellos máuseres de finales de siglo.

GENERAL VENCIDO.— *(Volviéndose.)* Yo recuerdo la primera vez que cogí un fusil de repetición...

GENERAL VENCEDOR.— Somos viejos...

GENERAL VENCIDO.— *(Devolviendo el fusil al GENERAL VENCEDOR.)* Bonito de verdad... y pesa poco, ciertamente...

GENERAL VENCEDOR.— *(Desmontándolo.)* Y se desmonta fácilmente. ¿Ve usted? En piezas. Se puede esconder donde uno quiera...

GENERAL VENCIDO.— De cine...

GENERAL VENCEDOR.— *(Dejando las piezas sobre la mesa.)* Y nosotros, con aquellos viejos fusiles y aquellos mosquetones que pesaban hasta 16 kilos...

GENERAL VENCIDO.— Y que nunca tuvimos en demasía...

GENERAL VENCEDOR.— (*Muy infantilmente, montando de nuevo el fusil.*) ¿Ve usted? Ya está. Es facilísimo...

GENERAL VENCIDO.— Ya lo veo, ya...

GENERAL VENCEDOR.— Me gustaría que lo probáramos. ¿Es usted buen tirador?

GENERAL VENCIDO.— Creo que no. Soy, ya lo sabe usted, militar de plano, de teoría...

GENERAL VENCEDOR.— Es una lástima que no podamos competir en puntería. Si usted me acompañara un día de caza y pudiéramos separarnos de toda aquella tropa de pedigüños..., podríamos ver quién abate más perdices...

GENERAL VENCIDO.— No, es imposible...

GENERAL VENCEDOR.— Ya lo sé. Sería un escándalo su presencia entre aquella gente... ¿Sabe usted que he batido el récord en piezas cobradas?

GENERAL VENCIDO.— No me sorprende...

GENERAL VENCEDOR.— (*Que ha dejado el fusil sobre la mesa y lo acaricia inconscientemente mientras habla.*) Sí, sí, sí... He batido el récord. Reconocido por todos... ¿No me cree? Ya sé que siempre existe la adulación, de la que procuro precaverme, claro, pero me he documentado a solas y, en efecto, nadie ha cobrado más perdices en una sola jornada que yo. Y uso una escopeta viejísima, de la que no quiero separarme, y en cambio los demás usan escopetas de caza modernísimas. Como este fusil telescópico, más o menos...

GENERAL VENCIDO.— Reconozco que estoy un poco atrasado en estas cosas...

GENERAL VENCEDOR.— Es natural... La industria de guerra evoluciona muy rápidamente, y es preciso acomodar los efectivos militares al uso de tales armas, a la vez que tenemos que poner al día, por todos los medios, nuestra industria militar. Ya estoy en ello...

GENERAL VENCIDO.— En efecto, los avances de la industria bélica han hecho variar por entero el arte de la guerra. Ya no sirve lo de Waterloo...

GENERAL VENCEDOR.— Servir, sí sirve. Se trata de acomodar. Todo es cuestión de ajustes. En la industria de guerra pasa como en la industria en general: es necesario acomodar la vida a los avances tecnológicos...

GENERAL VENCIDO.— (*Que permanece de pie y acusa su cansancio.*) Para nosotros..., perdón, para mí, quiero decir para los viejos, porque yo me siento viejo, es difícil adaptarse...

GENERAL VENCEDOR.— (*Paseando por la sala a saltitos y moviendo mucho los brazos de arriba abajo.*) Nos hallamos ante un proceso industrial irreversible. Irreversible. Ya habrá usted visto nuestros avances industriales y tecnológicos. En diez años hemos cambiado la faz del país por entero. Lo que era un país atrasado es hoy un país floreciente. Asombroso, asombroso lo que estamos haciendo... Si lee usted las estadísticas se quedará atónito...

GENERAL VENCIDO.— Las estadísticas a veces son inexactas...

GENERAL VENCEDOR.— Pero es que es algo que entra por los ojos. Supongo que no está usted ciego para ver tanto pantano, tanta industria química, tanta obra pública, que además de producir beneficios incontables da lugar a puestos de trabajo y a que haya pleno empleo... Hemos cambiado la faz del país. Entre lo que recogimos al terminar la cruzada y lo que vemos hoy, existe la misma diferencia que entre los máuseres de la guerra de Cuba y esta bonita arma automática con mira telescópica...

GENERAL VENCIDO.— No se puede negar, efectivamente, ese avance propio de los tiempos, pero ¿eso es todo?

GENERAL VENCEDOR.— ¿Cómo que si eso es todo? ¿Qué trata de insinuar? ¿Hay algo más? Sí, hay algo más. Seguir adelante creando más industria, produciendo más, multiplicando los puestos de trabajo, etcétera...

GENERAL VENCIDO.— ¿Y ya está?

GENERAL VENCEDOR.— Industrializarnos al máximo. Porque el avance industrial y tecnológico es el signo de los tiempos. Es la solución de todos los viejos problemas. Un pueblo que trabaja, que posee una estimable renta per cápita, que puede disponer de un automóvil utilitario, de frigorífico, de televisión, de vivienda cómoda, es un pueblo que no ha de tener ya inquietudes políticas de ninguna clase. Conjuramos de golpe el peligro comunista. Ya ha visto usted que en Rusia, incluso en Rusia, hoy día el obrero trabaja y posee unas comodidades que, lo reconozco, en tiempo de los zares nunca tuvo...

GENERAL VENCIDO.— Hay una frase del poeta Horacio que dice así, no sé si recuerdo mal: «Puedes ahorcar a la Naturaleza, pero volverá a resucitar...».

GENERAL VENCEDOR.— (*Se ha detenido frente al GENERAL VENCIDO, con las manos detrás de la espalda, y le mira a los ojos, dando leves saltitos como un pájaro.*) Frase de poeta, al cabo. La naturaleza del hombre

reside fundamentalmente en la satisfacción de sus legítimos deseos de paz y bienestar...

GENERAL VENCIDO.— Entonces ¿de qué va a valer ese fusil y la industria de guerra?

GENERAL VENCEDOR.— Para defender esa paz... (*Y dando un giro como una bailarina, sigue su paseo.*) Hemos de convertir este pueblo viejo, supersticioso y atrasado en un país plenamente desarrollado, capaz de situarse entre las grandes potencias...

GENERAL VENCIDO.— (*Carraspeando.*) ¿Y qué me dice de los valores espirituales?

GENERAL VENCEDOR.— Ah, los valores espirituales...

GENERAL VENCIDO.— Los valores espirituales que tanto le preocuparon a usted siempre...

GENERAL VENCEDOR.— Y que me preocupan como nunca. Por los que lucho y lucharé siempre..., sí...

GENERAL VENCIDO.— Ya sabe usted que la comodidad, el dinero fácil, la felicidad, en suma, es el peor enemigo del espíritu. Según sus maestros espirituales...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Acaso la riqueza es enemiga del espíritu?

GENERAL VENCIDO.— El cristianismo siempre pregonó la pobreza como el camino del cielo. Acuérdesse de las bienaventuranzas...

GENERAL VENCEDOR.— Bah... Habla usted como una vieja beata. Debiera escuchar a mis ministros tecnócratas...

GENERAL VENCIDO.— Yo no hago más que repetir lo que siempre predicó la Santa Madre Iglesia...

GENERAL VENCEDOR.— Habría que ver lo que ustedes hubieran conseguido de haber ganado la guerra... Eso es lo que me gustaría ver...

GENERAL VENCIDO.— Tal vez algo más racional, más equilibrado...

GENERAL VENCEDOR.— Tan racional y tan equilibrado como fue la campaña que llevaron ustedes. No me haga reír...

GENERAL VENCIDO.— Intenta usted por todos los medios convencerme, y sabe muy bien que no me va a convencer...

GENERAL VENCEDOR.— Ya salió aquello...

GENERAL VENCIDO.— Y lo que importaría saber es si ha convencido usted al pueblo, a pesar de tantos adelantos y tantas satisfacciones materiales...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Acaso lo duda usted?

GENERAL VENCIDO.— Lo dudo, sí señor...

GENERAL VENCEDOR.— Porque vive usted, como sus correligionarios, con veinticinco años de retraso. Pero, hombre, eche usted una mirada en derredor. Mire esta arma, símbolo de nuestro progreso. (*Le encañona con el fusil.*)

GENERAL VENCIDO.— Haga usted el favor de apartar esa arma...

GENERAL VENCEDOR.— Está descargada, ya se lo he dicho...

GENERAL VENCIDO.— Ya sabe que las carga el diablo...

GENERAL VENCEDOR.— (*Dejando el arma sobre la mesa.*) Ah, el diablo...

GENERAL VENCIDO.— Su amigo...

GENERAL VENCEDOR.— Dejemos esto. Convendría que mirara a su alrededor sin pasión...

GENERAL VENCIDO.— ¿Y usted es capaz de mirar a su alrededor?

GENERAL VENCEDOR.— No me hace falta. Porque yo soy el motor, el centro del cambio...

GENERAL VENCIDO.— Pues de vez en cuando debiera darse un paseo de incógnito por ciertos lugares...

GENERAL VENCEDOR.— Ya, de tapadillo, como los viejos borbones...

GENERAL VENCIDO.— Y escuchar por sus propios oídos y ver con sus propios ojos...

GENERAL VENCEDOR.— Yo veo y oigo más que pueda oír y ver usted mismo y otros como usted. Desde aquí estoy viendo el mundo entero. Y veo con gran satisfacción, como bien puede figurarse, que todos me han dado la razón, que todos siguen mi camino. Aquellos, aquellos mismos que me repudiaban... Ya lo está usted viendo...

GENERAL VENCIDO.— No se fíe usted demasiado...

GENERAL VENCEDOR.— Pero ¿cómo? ¿No sabe usted? Le voy a dar una gran noticia que seguro no sabe aún. Agárrese...

GENERAL VENCIDO.— Diga, diga... Y me va a perdonar que me siente, no me vaya a dar un vahído... (*Aprovecha para sentarse, con lo que delata su cansancio. El GENERAL VENCEDOR le mira sonriente.*)

GENERAL VENCEDOR.— Pues sepa usted la gran noticia. El Japón está a punto de convertirse al cristianismo...

GENERAL VENCIDO.— (*Dando un leve salto en la silla.*) No me diga usted...

GENERAL VENCEDOR.— Así. Como se lo digo. Vamos a ver ese milagro. Porque es un milagro. El Japón, ese gran pueblo modernizado, está a punto de abrazar el cristianismo. Lo sé de buena tinta.

GENERAL VENCIDO.— (*Que no puede ocultar su ironía.*) Me deja usted asombrado...

GENERAL VENCEDOR.— El Japón es un pueblo altamente industrializado, unido por su bienestar a los pueblos occidentales. ¿De qué le sirve ya ese culto sintoísta, pagano? De nada. Ahora, abrazando el catolicismo merced a la labor de nuestros misioneros, unirá su potencia al mundo libre definitivamente y el mundo libre podrá asestar el golpe de gracia definitivo a Rusia...

GENERAL VENCIDO.— Ah... ¿Tal vez es usted aficionado a las lecturas de ciencia-ficción?

GENERAL VENCEDOR.— (*Deteniéndose en seco.*) ¿Qué dice usted? No le he oído. Pero más vale que hablemos de otra cosa. Por ejemplo, del motor de agua que estamos a punto de poner en marcha y que nos ahorrará gastos de combustible...

GENERAL VENCIDO.— El motor de agua...

GENERAL VENCEDOR.— Estamos trabajando en ello. Hoy precisamente recibí una comisión de técnicos. Hemos estado toda la mañana estudiando la cuestión. Yo no escatimo mi tiempo cuando se trata de ofrecer prosperidad a mi nación...

GENERAL VENCIDO.— Pues verdaderamente ha sido una mañana fructífera. Por eso le veo tan eufórico, y me alegra verle así...

GENERAL VENCEDOR.— Tenemos un gran futuro por delante. Mucho es lo que se ha avanzado, pero mucho más lo que queda por avanzar. Decía usted, o insinuaba, que el bienestar material y el proceso de industrialización terminaban con el espíritu del hombre. Y ya ve usted el Japón, esa potencia de la industria... (*Se detiene al darse cuenta de que ha vuelto al tema.*) Bueno, ya lo irá usted viendo. (*Plantándose solemne ante él.*) Es indudable: usted..., ustedes no volverán al poder. Porque nadie les quiere...

GENERAL VENCIDO.— (*Con un suspiro.*) Pobre de mí... Yo ya no espero ver nada. Estoy en el consumátum est...

GENERAL VENCEDOR.— (*Recalcando sus palabras.*) Debe de ser verdaderamente triste no tener futuro por delante...

GENERAL VENCIDO.— (*Con estoicismo.*) Y un pasado triste...

GENERAL VENCEDOR.— Inoperante...

GENERAL VENCIDO.— Eso.

GENERAL VENCEDOR.— Un pasado que no ha de volver...

GENERAL VENCIDO.— Por eso me siento cansado. Se lo confieso. Y quisiera pedirle a usted un favor...

GENERAL VENCEDOR.— Diga...

GENERAL VENCIDO.— *(Que habla lentamente.)* Que me concediera la gracia de excusarme...

GENERAL VENCEDOR.— ¿De excusarle de qué...?

GENERAL VENCIDO.— De excusarme de venir aquí. Creo que ya he cumplido. No hay nada más que decir...

(Pausa. El GENERAL VENCEDOR se sienta y le observa con no disimulado regocijo y satisfacción.)

GENERAL VENCEDOR.— Quiere decir que abandona usted la partida. Que se da por vencido...

GENERAL VENCIDO.— Pues sí, digamos que es eso...

GENERAL VENCEDOR.— No se encuentra usted a gusto conmigo... No quiere reconocer mí...

GENERAL VENCIDO.— Me encuentro cansado. Y no veo la razón de que disputemos por algo que, como usted ha dicho muy bien, no deja de ser el inoperante pasado...

GENERAL VENCEDOR.— Vamos, vamos, vamos. No se me derrumbe usted ahora. Tomemos una taza de té... *(Echa mano de la inevitable tetera y llena las tazas nuevamente.)* No se deje usted vencer por las adversidades. Aprenda de mí...

GENERAL VENCIDO.— No tengo nada que hacer...

GENERAL VENCEDOR.— *(Ofreciéndole, sonriente, la taza de té.)* Veamos.

GENERAL VENCIDO.— *(Cogiendo la taza.)* Gracias...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Quiere usted decir que... debemos interrumpir nuestros coloquios?

GENERAL VENCIDO.— Si no ordena usted otra cosa...

GENERAL VENCEDOR.— Pero, hombre..., aún quedan muchas cosas por discutir. Hay infinidad de temas que no hemos tocado...

GENERAL VENCIDO.— Me siento sin fuerzas. Debo serle sincero, aunque sé que usted, tan dispuesto siempre y cara al futuro, no sabrá o no querrá entenderlo...

GENERAL VENCEDOR.— No, no lo entiendo. Para mí es un placer su compañía.

Se lo he dicho siempre. Y me alegra, y hasta me admira, la combatividad que ha demostrado últimamente, sin dejarse... convencer...

GENERAL VENCIDO.— Quizá desconfíe ya de mis facultades dialécticas...

GENERAL VENCEDOR.— No, no, no, se lo aseguro. Es usted un excelente contrincante. El único que se atreve a discutirme, que me niega la razón. ¡Si viera usted cómo los de ahí (*Señalando un lugar del palacio.*) no cesan de dármela...! (*Bajando la voz.*) ¿Quiere usted creer que si hoy digo una cosa y mañana la contraria, vienen a encontrarla igual de razonable?

GENERAL VENCIDO.— ¿Y le sorprende a usted eso?

GENERAL VENCEDOR.— Claro que no me sorprende. Pero se lo digo para que se haga usted cargo de cuánto aprecio su... colaboración... (*Pausa.*) No se desaliente y siga asistiéndome con su... amistad.

GENERAL VENCIDO.— ¿Amistad..., o simple entretenimiento?

(El GENERAL VENCEDOR se ha levantado. Ha dejado la taza sobre la mesa y se pasea.)

GENERAL VENCEDOR.— ¿Cree usted que no me basta la caza, la pesca, como entretenimiento? No..., se lo aseguro. En usted encuentro algo más...

GENERAL VENCIDO.— Gracias... Pero estoy... cansado...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Acaso está usted enfermo? Dígame. ¿Tiene usted algo...?

GENERAL VENCIDO.— Con toda seguridad, algo incurable: años, fracaso, desaliento...

GENERAL VENCEDOR.— Porque si de verdad tiene usted alguna dolencia grave..., hay médicos en Suiza. No me oculte usted nada. Dispondría yo de lo necesario para que no le faltara nada. Puede estar seguro de esto...

GENERAL VENCIDO.— (*Con leve ironía.*) Me confunde usted... No sé cómo darle las gracias...

GENERAL VENCEDOR.— Le hablo con el corazón en la mano, como vulgarmente se dice...

GENERAL VENCIDO.— Pero no se trata de enfermedad alguna...

GENERAL VENCEDOR.— Entonces no hay más que hablar. Son momentos bajos.

Simple depresión. Pasará. Aún tenemos mucho que hablar, mucho, general. Ánimo, no desfallezca... Verá cómo acabaremos muy unidos... (*Le pasa la mano por el hombro.*)

VI

En esta postrera jornada ambos militares se encuentran sentados y tomando su taza de té. Es de noche. La ventana está herméticamente cerrada. El GENERAL VENCEDOR lleva una mano vendada, y la otra le tiembla ostensiblemente al llevarse a los labios el té. Sin embargo, sus ojos relucen como los de un gato, horadando con su mirada al GENERAL VENCIDO, que está totalmente acabado. De entre sus piernas sobresale un bastón en el que apoya una de sus manos.

(El tiempo, implacable enemigo, se ha abatido sobre ambos generales.)

GENERAL VENCEDOR.— *(Hablando entre sorbo y sorbo de té.)* Pero no crea usted que este pequeño accidente me impedirá pescar. Y el otro día, sosteniendo la escopeta así, *(Hace un gesto con la mano.)* pude hacer una buena puntería. Si no fuera por dar cierta satisfacción a mis enemigos, aún cogería la escopeta, pero... no quiero que me vean vacilar..., aunque...

GENERAL VENCIDO.— De un pequeño accidente hacen una gran catástrofe...

GENERAL VENCEDOR.— Ya. Ya lo sé. Ya sé que muchos esperaban que no saliese de ésta. Ya ve usted, tan poca cosa. Ahora ya ni me duele. Por las noches, acaso..., y muevo los dedos. ¿Ve usted?

GENERAL VENCIDO.— Ya veo, ya. Usted está bien. En cambio yo...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Por qué no hace lo que le tengo dicho?

GENERAL VENCIDO.— ¿Lo de la doctora esa de Suiza?

GENERAL VENCEDOR.— Hace milagros. Milagros. Unas curas de rejuvenecimiento impresionantes. Mi cuñada iba a tratarse, pero al final le dio miedo. Yo, en su caso, iría. El día que yo la necesite iré...

GENERAL VENCIDO.— Mi confianza en la ciencia no es tanta, ya ve usted...

GENERAL VENCEDOR.— Dicen que esa mujer es comunista, como todos los científicos famosos, pero eso a mí no me importa...

GENERAL VENCIDO.— Yo ya estoy en la primera línea...

GENERAL VENCEDOR.— *(Repitiendo.)* En la primera línea...

GENERAL VENCIDO.— Para el combate final...

GENERAL VENCEDOR.— Al que pretende ir otra vez con la moral perdida, querido amigo.

GENERAL VENCIDO.— Cuando, como en este caso, los efectivos del enemigo son tan aplastantes, no hay más remedio...

GENERAL VENCEDOR.— Nunca los efectivos enemigos deben ser aplastantes...

GENERAL VENCIDO.— Por desgracia lo son...

GENERAL VENCEDOR.— La moral rota. Perderá la batalla. Yo pienso resistir todo lo que pueda en esa última batalla. No me entregaré así como así. Para mí no existe la bandera blanca. Y aún tengo que recurrir a la doctora esa. También estoy pensando en la hibernación...

GENERAL VENCIDO.— (*Con doloroso sarcasmo.*) Usted debe resistir, puesto que no se irá solo...

GENERAL VENCEDOR.— Claro, claro...

GENERAL VENCIDO.— Pero ¿qué finalidad tendría el resistirme yo, que perdí todas las batallas de esta vida?

GENERAL VENCEDOR.— (*Que ya no escucha al otro.*) Eso de la hibernación... Lo estoy estudiando... Poder conservar la vida a través de equis años y recuperarla...

GENERAL VENCIDO.— Ya le digo que esas cosas no me interesan...

GENERAL VENCEDOR.— (*Ensoñado.*) Y ver lo que habrán hecho los inútiles de mis sucesores...

GENERAL VENCIDO.— Sería interesante, sí. Pero a mí que no me hablen de volver a este mundo...

GENERAL VENCEDOR.— Haga usted el favor de no expresarse así. Ya sabe que no soporto el pesimismo...

GENERAL VENCIDO.— Aguánteme un poco más. No creo que le vaya a molestar demasiado ya...

GENERAL VENCEDOR.— Si fuera usted creyente le ofrecería una de esas reliquias... El brazo de Santa Teresa, ya ve si le aprecio. Tengo también agua de Lourdes embotellada...

GENERAL VENCIDO.— Se lo agradezco.

GENERAL VENCEDOR.— Pero ni cree usted en el cielo ni en los adelantos de la ciencia... No me lo explico. O sí me explico todo...

GENERAL VENCIDO.— Pues explíquemelo usted a mí...

GENERAL VENCEDOR.— Me explico que fuera tan fácil vencerles a ustedes, porque nunca creyeron en nada...

GENERAL VENCIDO.— Tal vez en esta vida no se pueda creer en nada...

GENERAL VENCEDOR.— (*Muy hosco.*) Ahora, incluso me está usted haciendo dudar de su valía como militar, que siempre la tuve en mucha altura...

GENERAL VENCIDO.— Hace ya mucho tiempo que dejé de ser militar...

GENERAL VENCEDOR.— No lo dirá porque le hayamos dejado sin la pensión que le corresponde. Usted ha sido una excepción. El único, o de los únicos, que cobra pensión habiendo permanecido en el otro bando...

GENERAL VENCIDO.— Por favor, por favor...

GENERAL VENCEDOR.— Perdone mi supuesta inelegancia, pero me gusta que las cosas queden claras. No me gusta que luego un escritor inglés, de esos que paga la masonería, escriba errores en sus libros. Ya sabe a quién me refiero...

GENERAL VENCIDO.— No he leído ese libro. Ni pienso leerlo...

GENERAL VENCEDOR.— Y no me gusta nada que reniegue usted de su capacidad militar. Podía usted haber ganado la guerra...

GENERAL VENCIDO.— No me diga...

GENERAL VENCEDOR.— Sí, ¿por qué no? Y yo podría estar en su puesto...

GENERAL VENCIDO.— Me resulta difícil imaginarle a usted en mi puesto...

GENERAL VENCEDOR.— Y le aseguro a usted que quizá renegara de todo, menos de haber empuñado las armas para luchar por lo que yo creía que era la verdad...

(Pausa.)

GENERAL VENCIDO.— En eso, creo que lleva usted razón. Y una ventaja sobre nosotros...

GENERAL VENCEDOR.— *(Levantándose con cierto esfuerzo.)* Le voy a enseñar una cosa. Le voy a hacer oír algo... Tal vez eso le levante la moral...

(Va el GENERAL VENCEDOR trastabilleando un poco hasta un rincón y coge un magnetófono y un estuche.)

Me han estado grabando unas cintas magnetofónicas, con unos discos. Va usted a oír. Va a rejuvenecerse. Imagínese que yo soy la doctora Asland esa...

(El GENERAL VENCEDOR empieza a maniobrar el aparatito, pero como tiene la mano vendada, le cuesta algún trabajo.)

GENERAL VENCIDO.— *(Levantándose y avanzando lentamente hacia la mesa, apoyado en su bastón.)* Déjeme que le ayude...

GENERAL VENCEDOR.— *(Rechazándole con un gesto.)* No se mueva. Haga el favor. Siga sentado y descanse. ¡No se fatigue...!

GENERAL VENCIDO.— Déjeme, que yo entiendo un poco de eso. Mi nieta tiene un cachirulo de éstos...

GENERAL VENCEDOR.— *(Que casi le da un manotazo.)* Quiero que lo escuche tranquilo y sentado... *(El GENERAL VENCIDO, apoyado en su bastón, permanece observando las maniobras del GENERAL VENCEDOR, que realmente no es que se vea entorpecido por la mano inútil, sino que no entiende el funcionamiento del aparatito. Da a una tecla y se oye un «gua, gua, gua» ininteligible, etc.)* Un momento... Es que quizá no tenga pilas...

GENERAL VENCIDO.— Si me lo deja a mí...

GENERAL VENCEDOR.— Espere, espere..., a ver... No suena... Las pilas están bien...

GENERAL VENCIDO.— Baje usted esa tecla...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Ésta...?

GENERAL VENCIDO.— No, ésa, ésa...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Ésta...? *(Efectivamente, al tocar esa tecla se oye el rumor de la cinta que empieza a correr.)* Ya está... Escuche, escuche...

(Coge al GENERAL VENCIDO de un brazo y le lleva muy paternalmente al sillón y le sienta. Él vuelve a la mesa y sube el volumen del magnetófono. Empieza a oírse el ruido de una batalla. Ambos generales escuchan el silbido y los impactos de los proyectiles, el tecleo de las ametralladoras y el estampido solemne de los cañones, que forman una música de fondo en aquel ambiente bélico de museo.)

GENERAL VENCEDOR.— Es una ofensiva de las de la Zona Centro. ¿Se acuerda usted? Mire si sabíamos liarla bien...

GENERAL VENCIDO.— ¡Buena carnicería...!

GENERAL VENCEDOR.— Esos cañones son los nuestros. Los de largo alcance, con los que asábamos su capital... *(Se oyen unos gritos guturales y moriscos.)* Y mis moros atacando a la bayoneta..., escuche usted... *(Se oyen palabras entrecortadas.)*

GENERAL VENCIDO.— *(Que no parece muy entusiasmado.)* Ya escucho, ya...

GENERAL VENCEDOR.— Nosotros observábamos desde el montículo aquel...

Ese derrumbamiento que acaba de escuchar era el maldito hospital...

GENERAL VENCIDO.— Diga usted lo que quiera; supimos defendernos...

GENERAL VENCEDOR.— Nunca negué su heroísmo, general. Lo que pasa es que el heroísmo es uno de los muchos ingredientes, no todos... Tengo otra cinta en que puede oír las explosiones de las minas... *(Se oye un grito de un hombre.)* Ése debe de ser uno que ensartarían mis moros en la bayoneta...

GENERAL VENCIDO.— De todas maneras... aquella fue una guerra de mentira, comparada con las de ahora...

GENERAL VENCEDOR.— Que se cree usted eso. Fue la primera guerra de la época científica. Los bombardeos de la aviación, los carros de combate y otras muchas cosas fueron el preludio, la apertura de la ópera...

GENERAL VENCIDO.— ¿Y quién le ha grabado a usted eso?

GENERAL VENCEDOR.— Mis técnicos. A partir de noticiarios cinematográficos, como los de la película esa que hicieron en mi homenaje, y así. Son auténticos todos... *(Se ha detenido la batalla y sólo se oye ahora algún disparo aislado, el silbido de algún proyectil, el estampido lejano de los cañones.)* Ahora es una tregua.

GENERAL VENCIDO.— Las treguas que nuestros soldaditos temían más que al fuego graneado..., ya... *(Empieza a oírse una canción.)*

GENERAL VENCEDOR.— Ahora cantan los combatientes.

VOZ DEL MAGNETÓFONO.— «División requeté
de Castilla y de Navarra.
División requeté,
la mejor tropa de España...»

GENERAL VENCEDOR.— Que os creéis eso. Yo no niego que los requetés lucharan bien, pero no tanto. Aunque eso de querer singularizarse es tan español... Mire ahora una canción de las suyas... *(Eleva el magnetófono.)*

VOZ DEL MAGNETÓFONO.— «Si te quieres divertir
ya sabes tu paradero,
en el Quinto Regimiento
primera línea de fuego...»

GENERAL VENCEDOR.— Su famoso Quinto Regimiento... ¡Qué mal acabó!

VOZ DEL MAGNETÓFONO.— «Soy valiente y leal legionario...»

GENERAL VENCEDOR.— Y ahí están mis bravos legionarios. No me cansaré nunca de escucharlos. De esa clase no tenían ustedes. Su Quinto Regimiento, a su lado, no valía para nada...

GENERAL VENCIDO.— Si no baja usted el volumen, no entiendo lo que dice. Me estoy quedando también sordo...

GENERAL VENCEDOR.— (*Bajando un poco el volumen. Se escuchan ahora, entre el canto de los legionarios, unas explosiones de granadas de mano coreadas por un estribillo que dice así: «Date el bote, caradura...».*) Le decía que donde estén mis legionarios, que se quite su mitológico Quinto Regimiento...

GENERAL VENCIDO.— Cada uno hizo lo que pudo. Dar su vida, si fue preciso...

GENERAL VENCEDOR.— En las cintas hay algunas réplicas graciosas, cuando nuestros combatientes y los suyos se interpelaban de trinchera a trinchera a través del magnetófono..., pero no sé dónde están... (*Empezaba a oírse el «Cara al sol» y el GENERAL VENCEDOR baja el volumen del magnetófono. Se oye un confuso murmullo de voces.*) Tengo que hacer que me lo ordenen como es debido...

GENERAL VENCIDO.— Ya me he hecho cargo... Está muy bien...

GENERAL VENCEDOR.— Tiene usted que escuchar todas mis cintas... Va usted a revivir todo aquello...

GENERAL VENCIDO.— (*Con un arranque de energía.*) No quiero revivir nada...

GENERAL VENCEDOR.— ¿Cómo dice?

GENERAL VENCIDO.— Ya hemos revivido aquí demasiado. Deje usted ya eso...

GENERAL VENCEDOR.— (*Maniobrando la cinta.*) Debe usted oírlas. Las hemos de oír juntos. Le van a gustar. Hay mucha parte grabada con las cosas de ustedes. En esta otra cinta de aquí...

GENERAL VENCIDO.— Lo dejaremos, en todo caso, para otro día...

GENERAL VENCEDOR.— La pena es que en aquellos tiempos no teníamos estos adelantos, y los discos que se grababan no recogían lo que hoy puede recogerse... Hoy se puede grabar todo, general. Estamos a la cabeza de todos los adelantos... ¿Sabe usted una cosa?

GENERAL VENCIDO.— (*Con voz cansada.*) ¿Qué?

GENERAL VENCEDOR.— Que tengo también grabada su voz. Me tiene que perdonar...

GENERAL VENCIDO.— ¿Cómo?

GENERAL VENCEDOR.— Lo que se acostumbra a hacer ahora. He tenido una grabadora en marcha durante nuestras conversaciones...

GENERAL VENCIDO.— Ah, vamos... ¿Ha grabado usted las tonterías que he..., que he dicho?

GENERAL VENCEDOR.— Ya sé, ya sé que debía haberle advertido, pero es que, ¿sabe?, me asesoré con mis técnicos y me recomendaron que no le dijera nada, para que su conversación resultara natural...

GENERAL VENCIDO.— ¡Y me lo dice usted ahora...!

GENERAL VENCEDOR.— Se lo digo ahora. Tiene usted que perdonarme. La próxima sesión sabrá ya que sus palabras quedan grabadas...

GENERAL VENCIDO.— *(Con coraje.)* No habrá otra sesión...

GENERAL VENCEDOR.— *(Avanzando hacia él y poniéndole las manos sobre los hombros en actitud de abrazo.)* Mi querido general, esto queda grabado para la posteridad, para la historia, junto con todo lo que forma nuestra gloriosa... *(Sube de volumen el magnetófono, que deja oír la ronca voz de los legionarios cantando su himno junto con el jadeo del cansancio y un fondo de disparos. El GENERAL VENCEDOR abraza literalmente al GENERAL VENCIDO, que lo está completamente.)*

VII

Altas horas de la noche y casi al filo de la madrugada, el GENERAL VENCEDOR, vestido de paisano, entra lentamente en el «islote de resistencia». Enciende la lámpara y se queda quieto en el centro. Observa lentamente. Da unos cuantos pasos; está visiblemente apesadumbrado. Le envuelve el silencio espeso de la noche. Por fin, avanza hacia aquel teléfono de campaña. Lo observa y lo palpa lentamente. Como iluminado por una idea, descuelga el auricular y se sienta. Sus ojos brillan nuevamente. Habla por el teléfono con voz apagada y sigilosa.

GENERAL VENCEDOR.— ¿Es usted, mi querido general...? ¿Qué pasa...? ¿Con que se me ha rendido de nuevo...? Ha vuelto usted a capitular... Lo siento, lo siento de verdad. Le voy a explicar algo que ha de interesarle, general. Algo que acaba de sucederme hace muy pocas horas... Escuche usted: cuando volvía yo con mi séquito hacia aquí, al atardecer, sí, hacia las seis de la tarde serían, cuando íbamos a salir ya de la capital,

tuvimos que detenernos para dejar paso a un cortejo fúnebre. Un cortejo fúnebre que era el que le transportaba a usted hasta su último cuartel... Sí... Figúrese que nadie sabía nada, ni siquiera mi esposa, que iba a mi lado. Yo era el único que sabía que usted iba allí, y por eso me alegré de rendirle ese último homenaje de dejarle pasar a usted antes, de detenernos para que su cortejo pasara. No sé si a mis acompañantes les habrá extrañado mi silencio. Hasta es posible que hayan notado mi emoción, general. Luego hemos seguido hasta aquí y ahora me tiene usted, ante aquel teléfono, recogiendo su última rendición... *(Pausa.)* Quiero decirle que usted supo siempre defenderse bien, pero no salió airoso jamás de ninguna ofensiva. En esta última batalla que tengo ahora grabada se advierte con claridad su espíritu meramente defensivo, y ya sabe que el espíritu simplemente defensivo aboca sin remedio a la rendición. De todos modos, general, sepa usted que le estoy muy agradecido. Y que le voy a echar de menos. Puede que escuche de vez en cuando sus réplicas y le recuerde a menudo. En cuanto a mí, ya sabe que sigo en mi puesto de mando y seguiré hasta el fin. La rendición nunca entró en mis planes de campaña. Todavía espero seguir al pie del cañón durante unos cuantos años. ¿Nos volveremos a encontrar, general, en alguna parte? ¿Volveré a presenciar su espíritu meramente defensivo? En fin, general, desde mi cuartel le envié un saludo y deseo que descanse usted en paz.

(Fin.)